

Proletarios de todos los países, ¡uníos!

ACCIÓN PROLETARIA

ÓRGANO DE LA CORRIENTE COMUNISTA INTERNACIONAL EN ESPAÑA

Nº 241 • Julio de 2026 • es.internationalism.org • espana@internationalism.org • 1,30 € – \$10.00 Méx. – 2 soles

FRENTE A LA GUERRA, A LAS MASACRES, A LA EXPLOTACION Y A LA MISERIA

¿Cómo cambiar el mundo?

El mundo se está convirtiendo en un gran cementerio. Desde hace varias semanas, Oriente Medio vuelve a ser escenario de una guerra devastadora. Después de Gaza, ahora son Líbano e Irán los que están sufriendo una lluvia de bombas lanzadas por los Estados de Israel y EE.UU., mientras que «los guardianes de la revolución» y Hezbolá lanzan cohetes, drones y misiles hacia los países vecinos. Bajo este diluvio, la población civil, tomada como rehén por las rivalidades imperialistas de todos los países beligerantes, intenta desesperadamente escapar de la muerte, vagando entre los escombros y ruinas, sorteando

los cadáveres que salpican las calles de Teherán, Beirut y muchas otras ciudades.

Una barbarie sin límites...

Una gran parte de la humanidad está siendo hoy masacrada en todo el planeta. Según la ONU, en tres años, la guerra civil en Sudán ha causado «más de 200 000 muertos, ha desplazado a cerca de 14 millones de personas y ha provocado la peor crisis alimentaria mundial». En cuatro años, la guerra en Ucrania, con sus 500 000 a 600 000 muertos, entre militares y civiles,

se erige como la peor masacre en el continente europeo desde la Segunda Guerra Mundial. Por todas partes, las guerras se generalizan, se extienden o están a punto de estallar, sin otra salida que la muerte, la destrucción y la desolación.

En cuanto a las naciones que no se ven directamente afectadas por enfrentamientos bélicos en su territorio, lo que se dispara son los gastos en armamento. En Francia, el presupuesto de las fuerzas armadas pasará de 32 000 millones en 2017 a más de 67 000 millones en 2030. ¡En Gran Bretaña, se trata del mayor

aumento prolongado del gasto en defensa desde el fin de la Guerra Fría!

En un contexto de crisis económica mundial, el cáncer de la economía de guerra que lo devora todo se traduce en recortes en los presupuestos de salud, educación y cultura, en la militarización del trabajo que para los trabajadores significa ritmos infernales, plantillas reducidas y recortes salariales ante el vertiginoso aumento del precio de los alimentos, la energía... En todas partes, en todos los países, la burguesía llama a aceptar estos sacrificios en nombre del interés superior de la nación y de la paz.

... y callejones sin salida

¡No debemos aceptar esto! Nuestro mundo tiene la capacidad de alimentar, alojar, vestir y cuidar a toda la humanidad respetando al mismo tiempo el medio ambiente. Tenemos los conocimientos y la tecnología para ello. En cambio, todas las fuerzas sociales se ven arrastradas a la destrucción: la burguesía manda y la clase obrera paga las consecuencias en todo el mundo. ¡Así que hay que luchar! Pero, ¿cómo?

En marzo se celebraron inmensas manifestaciones en EE.UU. y España bajo las consignas «No Kings» y «contra la guerra». Miles de personas sinceramente indignadas se han reunido contra los horrores de este mundo. En realidad, han caído en una trampa: la burguesía sabe que una parte cada vez mayor de la clase obrera se plantea la cuestión de cómo luchar. Por eso ofrece sus falsas respuestas y empuja a muchos de los que quieren actuar hacia callejones sin salida.

La del «pacifismo», por ejemplo, que desvía la indignación de los trabajadores contra la barbarie de la guerra hacia una dulce melodía de defensa de la libertad y la paz... en el capitalismo. Como si este sistema de explotación y represión pudiera existir sin guerra. La historia demuestra, por el contrario, que la lógica del pacifismo siempre conduce a la guerra. Así fue como esta ideología sirvió de justificación a la socialdemocracia para participar en la Primera Guerra Mundial. Porque se trataba, supuestamente, de un conflicto impuesto por «los otros»,

sigue en pág. 7

Las perspectivas que ofrece la situación mundial suscitan en todas partes un profundo sentimiento de angustia. La guerra se extiende por todo el planeta, desmintiendo a los dirigentes mundiales que inundan los medios de comunicación con vanas promesas de paz. La ofensiva estadounidense-israelí contra Irán y el Líbano, así como los contraataques de Irán y sus grupos armados subordinados, han sumido a sangre y fuego a todo Oriente Medio. La guerra en Ucrania lleva ya cuatro años y nada indica que se vislumbre una solución. Si miramos más al este veremos enfrentamientos entre Afganistán y Pakistán, entre Pakistán e India, entre Camboya y Tailandia. Si miramos hacia el oeste, veremos el conflicto genocida en Sudán, la guerra aparentemente interminable en el Congo, los combates entre las bandas islamistas y el Estado nigeriano... Mientras tanto, cada nuevo informe científico sobre el cambio climático confirma que el sistema capitalista es incapaz de hacer frente a la destrucción del medio ambiente. Y la barbarie militar, que se intensifica, no solo acentúa la desestabilización de la economía mundial, ya de por sí en graves dificultades, sino que también provoca catástrofes ecológicas adicionales, haciendo prácticamente imposible que los Estados de todo el mundo dediquen siquiera el mínimo de recursos a mitigar el impacto del calentamiento global.

No es de extrañar que la ansiedad, el nihilismo y los sentimientos apocalípticos estén en aumento por todas partes, generando reacciones cada vez más irracionales por parte de la clase dominante. Se ha informado, por ejemplo, de que altos mandos del ejército estadounidense han pronunciado encendidos sermones ante las tropas comprometidas en la guerra contra Irán, explicando la guerra de la siguiente manera: ¡habrían sido ungidos por Dios para inaugurar el Armagedón y traer el regreso de Jesús! Pero muchos sospechan, con razón, que la guerra en Oriente Medio es una señal tangible de que los dirigentes mundiales están perdiendo el control ante esta deriva hacia un mundo de guerras, hacia nuevos niveles de barbarie y autodes-

trucción, y de que el propio futuro de la humanidad está amenazado.

Ante los desastres provocados por las guerras y el caos creciente, pequeñas minorías en todo el mundo toman conciencia de que detrás de esta espiral mortal se esconde todo un sistema social, un sistema de dominación de clase que demuestra su incapacidad para responder a las necesidades de la humanidad; un sistema senil y putrefacto que «sobrevive» y se defiende infligiendo catástrofe tras catástrofe a la población mundial. Es el capitalismo en la era de su decadencia y descomposición.

Antitrumplismo y antifascismo: los mecanismos de defensa ideológicos del capitalismo

Pero la ideología de la clase capitalista plantea numerosos obstáculos a la profundización y la extensión de una verdadera comprensión de la realidad social.

Es evidente (incluso para amplios sectores de la propia clase dominante) que la guerra contra Irán se ha desencadenado sin ningún plan ni objetivo claro, y que los objetivos declarados cambian de un día para otro: ¿Esta impresionante (y extremadamente costosa) movilización del poderío militar estadounidense tiene como único objetivo impedir que Irán desarrolle el arma atómica, destruir sus capacidades militares, o pretende simplemente derrocar al régimen de los mulás? Sin un objetivo preciso, ¿cómo terminará el conflicto? ¿Se ha evaluado la capacidad de Irán para contraatacar no solo lanzando misiles y drones por todo Oriente Medio e incluso más allá, adoptando una estrategia de tierra quemada en toda la región, sino también, y probablemente de manera más significativa, asestando un duro golpe a la economía mundial al cerrar el estrecho de Ormuz, vía de comunicación esencial para el comercio mundial y el abastecimiento energético?

Esta falta de un plan coherente detrás de la guerra se suele explicar señalando a Trump y a sus secuaces, y en particular a la personalidad narcisista o egocéntrica de Trump, su incapacidad

para pensar de forma coherente o sus crecientes signos de senilidad. Trump es, en efecto, todo eso.

Pero, como dice el refrán, «cada situación tiene su hombre». El hecho de que un individuo así pueda situarse al frente del país más poderoso del mundo dice mucho sobre la naturaleza y la trayectoria del sistema capitalista, que no solo es obsoleto desde hace más de un siglo, sino que, desde finales de la década de 1980, ha entrado en la fase terminal de su declive. Su incapacidad para ofrecer un futuro a la humanidad, e incluso para imaginar cualquier futuro, produce inevitablemente «dirigentes» cada vez más incapaces de anticiparse y que se encuentran ellos mismos en un estado de negación ante lo que nos espera. La insistencia de Trump en afirmar que el cambio climático es una gran «farsa», o que Estados Unidos se encuentra en los albores de una «nueva edad de oro», son algunos de los síntomas de esa miopía irracional.

La improvisación, la torpeza y el rencor de Trump y su pandilla de incompetentes contribuyen a acelerar la tendencia del poder estadounidense a actuar, ya no como el principal baluarte del orden capitalista mundial, sino como una fuerza de creciente desestabilización en todo el planeta. Esta tendencia, sin embargo, es muy anterior al reinado de Trump. A principios y mediados de la década de 2000, por ejemplo, en muchos de nuestros artículos y resoluciones internacionales, señalábamos que, ante el creciente desorden de las relaciones imperialistas surgido tras el colapso del bloque ruso, los Estados Unidos se estaban convirtiendo ellos mismos en el principal promotor del caos mundial, a pesar de (o más bien a causa de) sus esfuerzos por defender sus intereses mediante brutales demostraciones de poderío militar. Lo ocurrido en Irak es el ejemplo por excelencia: el espectacular derrocamiento del régimen de Saddam Husein no impidió que Irak se sumiera en un inmenso baño de sangre y una fragmentación sin fin. Irak se ha convertido incluso en un foco de desestabilización regional, con numerosas milicias incontrolables y grupos

terroristas, como el Daesh, que se han extendido por la región y más allá.

Por sus consecuencias militares, políticas, económicas y ecológicas, la guerra contra Irán lleva este efecto a un nivel muy superior, con prácticamente todo Oriente Medio arrastrado al lodazal y daños catastróficos para la economía mundial. Este conflicto arrastra en su torbellino a cada vez más Estados y facciones. Pero esto se debe fundamentalmente a que la tendencia subyacente del capitalismo a su «desintegración interna» (por citar a la Internacional Comunista de 1919) avanza a pasos agigantados desde hace ya varias décadas.

Atribuir toda la responsabilidad de esto únicamente a Trump y a su facción tiene una función ideológica muy precisa: hacer creer que, si esta pandilla pudiera ser sustituida por políticos «serios» y «demócratas», la trayectoria profunda de un capitalismo condenado podría revertirse. De ahí la supuesta necesidad de prepararse para las próximas elecciones, de apoyar al Partido Demócrata o incluso al sector más sensato del Partido Republicano en sus campañas destinadas a deshacerse de Trump, a volver a poner a «responsables» al mando del Gobierno y a contribuir a restaurar un «orden basado en normas» a nivel internacional. En resumen, este argumento es un medio para impedir la maduración y la difusión de una conclusión muy diferente: que el verdadero problema no es tal o cual político o partido capitalista, sino el capitalismo mismo, incluida la farsa de la democracia parlamentaria y las instituciones internacionales (ONU, OTAN, etc.) que existen para perpetuar su dominio mundial.

Lo mismo ocurre con la ilusión de que el imperialismo israelí podría llevar a cabo una política de paz si Netanyahu y los fanáticos religiosos de su gobierno pudieran ser derrocados en las próximas elecciones, cuando todos los partidos políticos israelíes, tanto de derecha como de izquierda, se alían descaradamente en el ataque contra Irán. O que

sigue en pág. 6

En este número

2 Barcelona 2026

La falsa Internacional del progreso y la paz en un capitalismo que se hunde en la guerra y el caos

2 Muerte de militante de extrema derecha en Lyon

Fascismo y antifascismo, dos enemigos de la clase obrera.

3 Manifestaciones «No Kings»

La defensa de los derechos democráticos es una trampa para el proletariado

3 Crisis económica

El inexorable hundimiento en la crisis muestra el fracaso histórico del capitalismo

4 Caso Epstein:

Decadencia y putrefacción de la clase dominante

4 En ninguna guerra hay que tomar partido

¿Qué pensar de los debates en la reunión de la Plataforma de Huelga Social Transnacional?

5 Reunión pública

¿Deberían los revolucionarios enarbolar la consigna del «derrotismo revolucionario»?

La falsa Internacional del progreso y la paz en un capitalismo que se hunde en la guerra y el caos

La Fundación Socialdemócrata Alemana Friedrich Ebert, que ostenta con orgullo el nombre del traidor socialdemócrata Ebert —canciller del Reich entre 1918 y 1919 y posteriormente presidente de la República de Weimar, quien, en nombre de la democracia burguesa, aplastó en un baño de sangre los movimientos revolucionarios proletarios en Alemania en 1919 y los años siguientes—, ha destacado en su página web un evento que, según sus propias palabras, mostraría cómo es posible dar respuestas progresistas y de cooperación internacional a la crisis, así como resistir a la ley de la selva que parece apoderarse del mundo especialmente bajo el impulso de la política de extrema derecha. Se trata de la así llamada «Movilización Progresista Mundial», que tuvo lugar este mes de abril en Barcelona, y que llenó sus debates y discursos de conceptos como la esperanza, el progreso social, el bien común, la paz y la protección del medio ambiente. También proliferaron los discursos sobre la lucha contra «la extrema derecha del miedo» y aquellas «oligarquías y billonarios que priorizan los beneficios sobre la salud y los derechos sociales».

Pero ¿qué se esconde en realidad tras esta movilización que, según el gobierno español «reunió a más de 3.000 participantes de 100 organizaciones progresistas de los cinco continentes»?

La mentira de una internacional progresista... de la burguesía

Pedro Sánchez, el presidente del Partido Socialista de España, se ha conseguido erigir como una de las cabezas más visibles del «antitrumpismo». En la cadena francesa ARTE le dedicaron un programa titulado «¿Es Pedro Sánchez el mejor baluarte frente a la internacional trumpista?», donde se le mostraba como el líder de la actual «Internacional Socialista». Como presidente de un país en segundo plano en el escenario internacional, le ha dado a España un protagonismo como principal contestón político de los EE.UU., pero no sin la ayuda del propio Trump y sus recurrentes quejas acerca de la demasiado modesta inversión militar de este país en el marco de la OTAN. El gobierno

de España es presentado en diferentes países como el gran símbolo de que sería posible y necesario defender la democracia. El símbolo de que se podría recuperar un capitalismo basado en el derecho internacional, recuperar un «orden internacional basado en reglas». Un capitalismo que podría mantener el sistema surgido después de la segunda guerra mundial con normas diplomáticas compartidas, acuerdos comerciales y alianzas multilaterales estables y predecibles y toda una serie de reglas que podrían permitir una gestión más racional de la crisis global del sistema, e incluso retrasar lo mejor posible los efectos de la creciente destrucción ambiental, etc. El gobierno de España sería el símbolo de un capitalismo un poco más pacífico, que podría oponerse a «guerras sin sentido» como la de Irán, o a guerras genocidas como la de Gaza.

Este primero de mayo en España fue dominado por una manifestación oficial con implicación explícita y directa del gobierno bajo las consignas de «no a la guerra» y «derechos, no trincheras». En este sentido, la Movilización Progresista Internacional sirve un fin ideológico muy claro: es la continuación de toda una campaña ideológica internacional en nombre de resistir por la democracia contra el trumpismo-populismo. Estas campañas retoman sin dudar toda la lógica de «la lucha contra la extrema derecha reaccionaria», estableciendo identificaciones entre el auge del populismo-trumpismo y el fascismo, con el claro objetivo de atrapar a los trabajadores en la lógica burguesa de la defensa de la democracia e impedir a las luchas obreras vincular los ataques a las condiciones de vida con la brutal aceleración del militarismo a la que está condenado este sistema.

Esta «ideología de la resistencia progresista» ya ha sido ensayada ampliamente en España de la mano del gobierno actual de izquierdas. Podemos remitir al lector a nuestros artículos donde analizamos el modo en que se presentan los ataques contra nuestras condiciones de vida, el deterioro del medio ambiente, la violencia contra las mujeres, etc., como una responsabilidad de «los grandes oligarcas y

oscuros poderes económicos» y que correspondería a los ciudadanos resistir tras la bandera de la democracia la cual permitiría «mitigarlos, suavizarlos, tratar de contener el afán de ganancia de poderes económicos en beneficio de los ciudadanos y especialmente de los más desfavorecidos»⁽¹⁾. El encuentro de Barcelona se inscribe plenamente en esta campaña mistificadora al presentar la ilusión de una especie de internacional progresista capaz de oponerse a otra supuesta internacional ultra-derechista reaccionaria.

Sin embargo, la dinámica del capitalismo, lejos de encaminar a la sociedad humana al progreso, es la de un sistema en decadencia ya desde hace un siglo, que encarrila a la humanidad a su destrucción. Y hoy, lejos de poder mantener una capacidad de cooperación y cohesión internacional para gestionar de forma más global los efectos destructivos y caóticos de la perpetuación en el tiempo del sistema, vemos en cambio una tendencia cada vez más marcada a la dislocación y a la pérdida de control y cohesión. Tras la guerra en Irán, se confirma más claramente la ruptura definitiva entre los EE.UU y Europa, y a la par, una tendencia a la fragmentación de aquellas instituciones que permitieron cierta planificación y cohesión internacional tras la segunda guerra mundial. Cada día hay un testimonio de ello, como por ejemplo, la amenaza de una importante retirada de tropas estadounidenses de Alemania, las constantes alusiones de Trump a que «no les necesitamos, ellos tienen el problema de Ucrania a las puertas y a nosotros nos separa un océano», la incapacidad de sus supuestos aliados para prever estos anuncios que apuntan en todas direcciones (el presidente francés Macron subrayaba en Japón la importancia de contar con socios estables y previsibles en los que poder confiar), la decisión de iniciar la guerra en Irán que hasta el canciller alemán Merz se atrevió a calificar en público de innecesaria y humillante para los EE.UU. Asistimos cada vez más clara-

mente a la emergencia de un desorden mundial donde las alianzas son cada vez más circunstanciales y efímeras.

Bajo la máscara de solidaridad, la fragmentación internacional y la rebelión de los segundones

Como hemos dicho, tras las apariencias de una nueva «Internacional progresista» que prometería frenar el avance de un capitalismo autoritario e irresponsable, se esconde en realidad no la tendencia a la cohesión sino a la fragmentación de las alianzas y los organismos internacionales.

En efecto, los países que pretenden formar una alianza en Barcelona no están formando ni mucho menos una alianza sólida y prometedora, sino una convergencia circunstancial, frágil y muy dependiente del cada vez más fragmentado contexto político de cada país, con el objetivo de hacer valer sus propios intereses mezquinos. Por ejemplo, en España se observa cada vez más una fragmentación del panorama político y una tendencia de la facción de Sánchez a imponerse mediante una estrategia de «o yo o el caos»⁽²⁾, incluso en su proyección internacional como líder del anti-trumpismo, lo cual daría una justificación a su permanencia en el gobierno. Sin embargo, la amenaza de una llegada de la derecha al gobierno español haría caer en saco roto esta especie de alianza progresista que no va ni mucho menos «más allá de los ciclos de gobierno».

Ciertamente, la postura tradicional de España desde la segunda guerra mundial es la de hacerse valer como «puente» entre el «Norte» y el «Sur», con el objetivo de reforzar así su importancia geoestratégica y diplomática. Pero tales juegos geoestratégicos se vuelven cada vez más arriesgados en el contexto actual de explosión del «sálvese quien pueda» imperialista. Al actuar tan abiertamente como «rebeldes» frente a Estados Unidos, al exacerbar en exceso la ruptura con la primera potencia mundial, España refuerza las tensiones entre los diferentes intereses

imperialistas de los países de la UE, ya que el posicionamiento imperialista de cada socio europeo no es exactamente idéntico. En la misma línea, el intento español de acercarse a China sin un acuerdo ni una estrategia común en el seno de la UE no puede sino aumentar las tensiones entre los países europeos.

En América Latina, diversos países mantienen relaciones simultáneas con China, Rusia, EE.UU. y Europa y ven el «encuentro progresista» de Barcelona como un lugar en el que hacerse valer en el ruedo internacional. Sin embargo, el contexto no invita a formar alianzas estables, sino todo lo contrario: lo que los expertos denominan una «tendencia a la multilateralidad» significa en realidad una tendencia creciente al cada uno a la suya. Podemos juzgar la superficialidad de esta «alianza progresista» viendo como el gobierno brasileño tan pronto se presenta como un exponente del antitrumpismo, unas semanas después nos lo encontramos negociando directamente con Trump en la Casa Blanca. La participación tímida del gobierno mexicano de Sheinbaum también está muy motivada, ante la amenaza del caos que promete generar EE.UU. en América, por la necesidad de ampliar el margen de maniobra de México ante un entorno estadounidense que se percibe como cada vez más impredecible, agresivo y potencialmente desestabilizador para América Latina. Detrás de la tendencia de una serie de países a comportarse como «rebeldes» se encuentran, ante todo, unas burguesías que siguen su propio juego; ¡y es más! dentro de cada Estado hay cada vez más facciones que se fragmentan en función de sus propios intereses de clan o de facción.

Tras la política de «todos contra el antiguo gendarme del mundo», tras la retórica de resistencia de «izquierda progresista», las burguesías adoptan cada vez más una política de «adaptación resignada», sin ninguna alternativa de fondo sino la tendencia al desorden anárquico generalizado que, globalmente, es el producto del «cada uno a la suya».

Opero, 16.05.2026

(2) Ver nuestro artículo «Sánchez o el caos y la derecha», CCI Online, mayo 2024

(1) Ver nuestro artículo «El ‘giro a la izquierda’ del PSOE», CCI Online, octubre 2022

MUERTE DE UN MILITANTE DE EXTREMA DERECHA EN LYON

Fascismo y antifascismo: dos enemigos de la clase obrera

El bombardeo mediático y político masivo en torno a la muerte, el 14 de febrero en Lyon, de un joven militante de extrema derecha, Quentin Deranque, a raíz de los golpes propinados por militantes antifascistas, vuelve a poner en la agenda el uso que hacen todos los sectores políticos de la burguesía del antagonismo entre fascismo y antifascismo.

Por parte de la extrema derecha, este drama ha servido de pretexto para una campaña masiva de victimización, una especie de «prueba concreta y significativa de la nocividad» de la extrema izquierda, de la que serían víctimas los «patriotas» y los «seguidores de una verdadera fe cristiana». Este sector político se presenta hoy como «pacífico» y «no violento», al tiempo que exhibe retratos del joven Quentin a quien muestra como un «chico amable». Evidentemente, esto dista mucho de la verdad: a los 23 años, Deranque ya tenía un historial bastante cargado. Así, tras pasar por la Action Française, un grupo monárquico y antisemita, fundó un pequeño grupo con una ideología fascista bien definida, Allobroges Bourgoins. Por otra parte, era amigo íntimo de un individuo, Vincent Claudin, quien, bajo los seudónimos de JosephAntoine y PrimeDeRiviere (en referencia a José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange

fascista española), publicó en X, entre 2021 y 2026, 4 400 mensajes de contenido racista, antisemita, homófobo y pro-Hitler. Además, diversos estudios académicos serios han puesto de manifiesto que la violencia física ejercida por los grupos de extrema derecha es entre diez y veinte veces más letal que la de los grupos de extrema izquierda (49 muertos frente a 5 entre 1986 y 2026 en Francia, 326 frente a 17 entre 2015 y 2024 en Estados Unidos).

Cabe señalar que este discurso victimista de la extrema derecha no solo se ha desarrollado dentro de las fronteras de Francia, sino que ha adquirido una dimensión internacional. Así, la primera ministra italiana, Giorgia Meloni, escribió en las redes sociales que el asesinato de Deranque era «una herida para toda Europa». En cuanto al gobierno de EE.UU. no quiso quedarse atrás: la embajada estadounidense en Francia y la oficina de lucha contra el terrorismo del Departamento de Estado de EE. UU. anunciaron que estaban vigilando la situación, ya que «el radicalismo violento de izquierda está en aumento». Evidentemente, estas declaraciones no son ninguna sorpresa viniendo de Meloni, una política que se formó en el Movimiento Social Italiano, partido político fundado en 1946 y que se reivindicaba abiertamente de la tradición fascista de Mussolini.

Del mismo modo, la actitud de las autoridades estadounidenses está en línea con el apoyo abierto y reivindicado de Trump y sus amigos a las fuerzas políticas populistas de extrema derecha en Europa. Ante estas declaraciones, el gobierno francés reaccionó. El presidente Macron respondió a Meloni: «Siempre me sorprende ver cómo las personas que son nacionalistas, que no quieren que se les moleste en su propio país, son siempre las primeras en comentar lo que ocurre en otros países». (Declaración realizada en inglés: «I’m always struck by how people who are nationalists, who don’t want to be bothered in their own country, are always the first ones to comment on what’s happening in other countries») En cuanto a las advertencias estadounidenses, estas provocaron que el ministro de Relaciones Exteriores francés convocara al embajador de EE.UU. en París (padre del yerno de Trump), quien le hizo un gesto de desafío al negarse a acatar la orden (contrariamente a las costumbres diplomáticas).

Dicho esto, esta reacción de las autoridades francesas, al estilo de «que cada uno se quede en su casa y las ovejas estarán bien cuidadas», no les ha impedido hacer suya la denuncia de la «violencia de la extrema izquierda». Así, Gérald Darmanin, ministro de Justicia de Macron, declaró, incluso

antes de que se iniciara una investigación, que: «Es la extrema izquierda la que, evidentemente ha matado. Hoy, es la extrema izquierda la que ha matado, eso es indiscutible. (...) Los discursos políticos violentos conducen, lamentablemente, a una violencia muy desenfrenada en las redes sociales y en el mundo físico». Y acusó a La France insoumise, el partido de Mélenchon, de «complacencia con la violencia política».

De hecho, tenemos aquí un ejemplo de la política que llevan a cabo los sectores centrales de la clase burguesa: al destacar los vínculos, reales, de los agresores de Deranque —que pertenecen al grupo «Jeune Garde antifasciste»— con LFI, se trata de desacreditar al máximo a Mélenchon (cuya Jeune Garde constituye el servicio de orden). Esta política no significa en absoluto que Mélenchon sea un enemigo del sistema capitalista (de hecho, fue ministro bajo Mitterrand y, si habla de «revolución», añade «ciudadana», es decir, la concibe dentro de las instituciones burguesas). Sin embargo, en la actualidad, a la clase dominante le conviene más contar con una oposición de izquierda combativa, encargada de desviar la ira de los explotados hacia callejones sin salida, que con una izquierda encargada de gestionar los asuntos del capitalismo (como lo hizo,

por ejemplo, la «Izquierda Plural» en la época del gobierno de Jospin, entre 1997 y 2002).

Dicho esto, los mensajes de la gran mayoría de los partidos burgueses contra la «violencia de la extrema izquierda» no tienen únicamente una finalidad política inmediata. Detrás de la equiparación de la violencia ejercida por la extrema derecha con la de la extrema izquierda, hay una preparación ideológica de cara a las futuras luchas proletarias. En estas luchas, la clase obrera no podrá prescindir del uso de la violencia. Desde un punto de vista histórico, el acto de derrocamiento del capitalismo, la revolución proletaria mundial, será necesariamente violento y armado frente a una clase burguesa que, como ya ocurrió en el pasado (pensemos, por ejemplo, en la represión de la Comuna de París en 1871), no dudará en desatar la violencia más feroz y las peores masacres para conservar su poder. Pero incluso en las luchas obreras defensivas dentro del capitalismo, los proletarios no podrán evitar recurrir a la violencia de clase frente a la represión policial o a los ataques de las milicias a sueldo de los explotadores. Se enfrentarán entonces a los discursos «democráticos» que se apresurarán a denunciar la «violencia

La defensa de los derechos democráticos es una trampa para el proletariado

El 28 de marzo de 2026 fue escenario de las manifestaciones más importantes y extensas de la historia de Estados Unidos. Ocho millones de personas participaron en 3 300 manifestaciones, en los cincuenta estados. También se celebraron manifestaciones en otros países, en particular en Canadá, Europa, Japón, Australia y Tailandia. En Minnesota, epicentro del terror ejercido por la policía de inmigración (el ICE), se organizaron dos manifestaciones. Se celebraron concentraciones en las grandes ciudades y en las pequeñas localidades, incluso en los bastiones electorales de Trump.

Numerosos manifestantes se unieron a las concentraciones, preocupados por las consecuencias de la guerra contra Irán y decepcionados por las promesas incumplidas de Trump sobre el fin de las «*guerras interminables*». Otros se sumaron a las manifestaciones por la ira que les provoca la situación económica, con los altos precios, la precariedad, los despidos, la inseguridad alimentaria; en definitiva, el empobrecimiento generalizado. Otros participaron para expresar su ira contra las acciones del ICE y la creciente represión del Estado. Por último, también están aquellos que quieren expresar su repulsa hacia la odiosa figura de Trump. El lema «*No Kings, no ICE, no War*» expresa así un amplio abanico de descontentos en el que cada uno tiene su propia motivación para participar.

Sin embargo, los organizadores tenían un objetivo muy concreto: «*En Estados Unidos no tenemos reyes. Una policía secreta enmascarada aterroriza a nuestras comunidades. Una guerra ilegal y catastrófica nos pone en peligro y hace subir los precios. Los ataques amenazan nuestra libertad de expresión, nuestros derechos civiles, nuestra libertad de voto. Los precios empujan a las familias al abismo. Trump quiere gobernarnos como un tirano. Pero estamos en Estados Unidos, y el poder pertenece al pueblo, no a los aspirantes al trono ni a sus amigos multimillonarios*». Es cierto que el llamamiento también habla de los «*precios*», pero para vincular inmediatamente la cuestión de la inflación con consignas sobre «*nuestra libertad de expresión, nuestros derechos civiles, nuestra libertad de voto*». El «*pueblo*» debería, por tanto, defender la democracia estadounidense frente a un «*tirano*».

La megalomanía de Trump y su autoritarismo desmesurado constituyen blancos fáciles para sus oponentes. Pero los demócratas, al igual que los republicanos, tienen una larga historia de justificación de la represión, las guerras, la tortura y el recurso a la policía, en nombre de la defensa de la democracia y la libertad: tuvieron lugar las interminables guerras en Afganistán, Irak y Vietnam, la guerra contra el terrorismo, con sus asesinatos, torturas y secuestros. Tanto los demócratas como los republicanos han llevado a cabo deportaciones masivas e inhumanas: todos han dado carta blanca a la policía (FBI, CIA e ICE) contra la clase trabajadora.

¿Por qué? Porque en Estados Unidos el poder no pertenece «*al pueblo*» y mucho menos a la clase obrera: como en todas partes, pertenece a la burguesía. «*En Estados Unidos*», como en todos los países del mundo, la burguesía explota y reprime al proletariado cada vez con mayor ferocidad. Y «*en Estados Unidos*», como en otros lugares, repite una y otra vez toda una serie de mentiras sobre la «*libertad*», la «*democracia*» y los «*derechos*»,

destinadas a encadenar al proletariado a sus explotadores, al Estado burgués y a la nación, ¡para ocultar que el Estado «*democrático*» es el medio más eficaz para oprimir a la clase obrera! La movilización de ocho millones de personas para defender «*nuestra libertad de expresión, nuestros derechos civiles, nuestra libertad de voto*» pone claramente de manifiesto este peligro insidioso. Al llamar al proletariado a defender el talón de hierro de la dictadura «*democrática*», «*No Kings*» busca desviar a los trabajadores de sus intereses de clase contra la explotación capitalista, y empujarlos a involucrarse en luchas entre facciones burguesas rivales. A pesar de toda la buena voluntad de muchos participantes, estas manifestaciones constituyeron, por lo tanto, una verdadera trampa para la clase obrera.

Sin embargo, muchos de los trabajadores que participan en las manifestaciones no se sienten inclinados a sumarse al Partido Demócrata. Para atraer a estos trabajadores que buscan respuestas a esta trampa, el ala izquierda del movimiento lo ha presentado como un movimiento contra la oligarquía y la dictadura: «*La magnitud de las manifestaciones del 28 de marzo da testimonio de la profundidad de la ira popular ante el avance de la dictadura en el país y la escalada de la guerra imperialista en el extranjero. Se está produciendo un enfrentamiento entre una oligarquía capitalista que rompe con las formas democráticas de gobierno y la gran masa de la*

población. [...] La magnitud de la oposición aterroriza a la clase dominante, y la reacción de los grandes medios de comunicación ha sido minimizarla y pasar a otra cosa lo antes posible». Bajo el barniz de un vocabulario «*marxista*», el mensaje sigue siendo el mismo: defender el Estado «*democrático*» contra la «*dictadura*» de Trump. Así, lejos de estar aterrorizada, la burguesía ha podido movilizar a los trabajadores en defensa de su Estado y de su poderosa arma ideológica: la democracia. Se alegra de que el descontento de los trabajadores ante la guerra quede diluido en un movimiento que pretende que el capitalismo, el sistema más mortífero de la historia, podría ser pacífico si se detuviera a los «*belicistas*» como Trump. De este modo, pretende impedir que los trabajadores tomen conciencia de que es precisamente el capitalismo la causa de la guerra, y no tal o cual político o partido.

Es cierto que la administración Trump es un desastre para la burguesía estadounidense. La guerra contra Irán, las amenazas contra las potencias europeas, su purga del ejército y del resto del Estado, la corrupción de la administración, todo ello es una catástrofe para el Estado estadounidense. Pero la raíz de este vandalismo político no es Trump: es el callejón sin salida histórico del capitalismo. El fracaso de la aventura militar en Irán, la imposibilidad de que Trump se presente de nuevo a las elecciones presidenciales y su creciente pérdida de popularidad no pueden sino

acelerar el caos, la destrucción y la irresponsabilidad. Trump y su administración son como un animal herido que se debate, y el recurso a la represión contra sus rivales políticos y todos aquellos que se le oponen se agravará. Las tensiones y los enfrentamientos con otras facciones de la clase dominante no pueden sino volverse más hostiles, y probablemente violentos. Aumenta la amenaza de que los trabajadores se vean envueltos en estos enfrentamientos, ya sea que se les pida que defiendan el «*Estado democrático*» o a las facciones opuestas a Trump. El movimiento «*No Kings*» forma parte de esa amenaza: por eso es tan peligroso.

La clase obrera debe negarse a dejarse arrastrar a la defensa del Estado democrático. Esto significa negarse a sacrificarse para proteger los intereses de la clase dominante. Su interés es defender su propia autonomía a través de luchas por la defensa de sus empleos, sus condiciones de vida y de trabajo. En marzo, 3 800 trabajadores del matadero JBS, en Colorado, se declararon en huelga. La mayoría de ellos son inmigrantes, originarios de Haití, Somalia, Birmania y México. No se dejaron intimidar por la amenaza del ICE y lucharon junto a sus compañeros para defender sus intereses de clase: «*Los huelguistas han documentado prácticas laborales desleales, casos de trata de personas y de retención de salarios, así como salarios que no se han ajustado al coste de la vida en Colorado*». Desde principios de

2026 se ha producido una serie de luchas, a menudo limitadas a una sola empresa o a un solo sector, pero significativas en la medida en que tienen lugar a pesar del ambiente social putrefacto, de caos y miedo. Así, ha habido la huelga de decenas de miles de trabajadores la salud en Nueva York, California y Hawái; la de los empleados de la Universidad de California en febrero; la de los trabajadores de Freudenberg-NOK en Findlay el 24 de marzo; y la de los 620 técnicos del astillero General Dynamics Bath Iron Works por un acuerdo salarial. 900 trabajadores de la refinería de BP en Whiting, Indiana, fueron objeto de un cierre patronal en marzo tras rechazar por un 98.3% la oferta salarial de BP. A pesar de su carácter aislado, estas luchas demuestran algo muy importante: los trabajadores están dispuestos a anteponer sus intereses a los del capital nacional.

Los trabajadores de Estados Unidos no están solos. A pesar del silencio mediático (muy real, este, a diferencia de la cobertura internacional del movimiento «*No Kings*»), están estallando luchas, a veces masivas, por todo el mundo, en Europa, Canadá o en otros lugares. Los trabajadores rechazan los sacrificios que exige la burguesía para pagar su crisis y sus armas. «*No Kings*», por el contrario, y todos aquellos que promueven estas movilizaciones, por muy críticos que sean, arrastran al proletariado a la defensa del interés nacional y del Estado capitalista.

J & W, 12 de abril de 2026

CRISIS ECONÓMICA

El inexorable hundimiento en la crisis muestra el fracaso histórico del capitalismo

Ataques en todos los frentes: desde hace unos diez meses, los despidos en todo el mundo se cuentan por millones. Esto refleja una crisis que afecta a todos los sectores de la economía, con la notable excepción de la industria armamentística: la informática (Ubisoft, Oracle, Cap Gemini, IBM), la automotriz (Aston Martin, Stellantis, Volkswagen, Bosch y todos los subcontratistas del sector, como Goodyear), la industria del vidrio (Arc, Verallia), la gran distribución (Auchan, Jennyfer), la banca y los servicios financieros (ABN Amro en los Países Bajos, Block en las criptomonedas), la logística (Amazon, UPS, Ziegler), la prensa (La Tribune, Washington Post), diversos sectores industriales (Heineken, SEB, Erasteel, Lanxess y BASF) se ven afectados. A estas cifras se suman los despidos resultantes de la introducción de la inteligencia artificial (IA) en los procesos de producción, especialmente en el sector de la informática, donde decenas de miles de ingenieros, técnicos y empleados se quedan sin trabajo, con pocas posibilidades de volver a encontrarlo rápidamente. A esto se suman los recortes de puestos de trabajo entre los empleados de gobierno de todo el mundo, ya que Trump y Musk, tras Milei y su motosierra, solo han sido los precursores por unos meses en este ámbito. La Educación Nacional francesa es otro buen ejemplo para los próximos meses.

Ninguna economía nacional puede escapar a la purga que afecta al capitalismo en su conjunto. China se ve afectada tanto como las demás, a pesar de la opacidad de las estadísticas de desempleo en ese país. Alemania se ve notablemente afectada, ya que su sector industrial, impulsado durante mucho tiempo por el crecimiento del mercado interno chino, ya no puede contar con él. Se enfrenta

a una competencia muy eficaz, en particular por parte de la industria china, en sus producciones más emblemáticas: la maquinaria, la química y el sector automotriz, lo que se traduce en una cascada de despidos en un país que no está acostumbrado a ello: Volkswagen y Opel, pero también Bosch, Aumovio y todos los subcontratistas de la industria automotriz prevén drásticas reducciones de personal. BASF está considerando seriamente deslocalizar parte de sus servicios administrativos a la India y Malasia; la empresa química Lanxess también reducirá su plantilla. Todos estos anuncios en el corazón de la industria europea son consecuencia de un deterioro económico general. En Alemania, los nuevos empleos son principalmente de tiempo parcial, mientras que los puestos eliminados eran calificados, de tiempo completo, productivos y bien remunerados. La lista es interminable. ¡Incluso la ONU está despidiendo masivamente a sus empleados en todo el mundo!

Estos despidos van acompañados de un endurecimiento de las políticas sociales y de salud de los Estados y de un control cada vez más severo de los desempleados: en Argentina, el gobierno de Milei desregula aún más el mercado laboral para facilitar los despidos, ampliar la jornada laboral de 8 a 12 horas y autorizar el fraccionamiento de las vacaciones... Por su parte, Bélgica va a limitar la duración de las indemnizaciones de los desempleados, lo que excluirá automáticamente a una parte de ellos de cualquier ingreso.

Los jóvenes trabajadores se ven especialmente afectados en todo el mundo: en Inglaterra, el sistema de financiación de los estudios superiores, basado en préstamos estudiantiles a tasas variables, genera situaciones de endeudamiento colosal para los jóvenes graduados. En

la India, más de la mitad de los jóvenes graduados no encontrarán trabajo. La misma problemática se da en China, donde la tasa de desempleo juvenil es muy superior a la media nacional: más de uno de cada seis jóvenes está sin trabajo. La tasa de desempleo juvenil es incluso una preocupación cada vez más central para el gobierno, al mismo tiempo que se extiende la «*maldición de los 35 años*» (los despidos por motivos de edad).

La economía mundial marcada por la putrefacción

Todos estos ataques son consecuencia del hundimiento del capitalismo, desde hace unos quince años, en una dinámica de crisis económica cada vez más incontrolable: crisis financieras (hipotecas subprime en 2008 y deuda soberana de los Estados), desestabilización de la economía mundial durante la pandemia de COVID-19, y la economía mundial arrastrada al torbellino de la guerra (Ucrania, Gaza, Irán...). La inflación se ve agravada por una situación mundial cada vez más inestable, una economía de guerra marcada por la vertiginosa explosión de los gastos militares, el aumento de los precios de la energía provocado por el conflicto en Ucrania y ahora en Irán, el aumento de los aranceles aduaneros en casi todo el mundo, las perturbaciones en las cadenas de suministro relacionadas con conflictos locales como los problemas en el estrecho de Ormuz, pero también el costo cada vez más exorbitante de la destrucción del medio ambiente.

Por otro lado, el estancamiento cada vez más marcado de la economía mundial (excluyendo el armamento) vuelve a poner de relieve los límites históricos del sistema: la sobreproducción permanente, la incapacidad de superar las políticas

nacionales de gestión de la economía y la feroz competencia entre naciones rivales empujan a la burguesía hacia lógicas de huida cada vez más autodestructivas: está derribando todas las barreras y contramedidas establecidas tras la Segunda Guerra Mundial que llevaban a cabo políticas mínimamente coordinadas con el fin de combatir los efectos de la crisis histórica del capitalismo, como la apertura de los mercados, la limitación de los aranceles, el desarrollo de normas comunes y la implementación de políticas monetarias concertadas. La sobreproducción es claramente la causa de la crisis abierta que genera los despidos. China, por ejemplo, está llegando al límite de su mercado interno a pesar de las enormes subvenciones destinadas a permitirle absorber su producción. No tiene más remedio que inundar el mundo y a sus competidores con mercancías que no puede vender en su mercado interno.

El impacto de la descomposición del capitalismo se traduce en una aceleración de medidas estatales cada vez más miopes. Todo ello marcado por la fragmentación cada vez más aguda de las burguesías nacionales en cuanto a la política a seguir, por programas populistas irracionales y demagógicos (como la guerra de aranceles, desencadenada por la administración Trump), por la ceguera ideológica de las camarillas burguesas históricamente aferradas a sus privilegios. El peso de la descomposición sobre la economía se ha acentuado fuertemente, ya que la burguesía no tiene ninguna política económica coherente que proponer para atenuar los efectos de una crisis irreversible.

El hundimiento brutal y prolongado en la crisis a la que asistimos es profundo:

sigue en pág. 7

Decadencia y putrefacción de la clase dominante

Casi siete años después del suicidio en prisión del depredador sexual y pedófilo Jeffrey Epstein, y del descubrimiento de una vastísima red internacional de tráfico sexual, los archivos y las fotos extraídas de un voluminoso expediente, del que solo se ha hecho pública una parte, no dejan de alimentar las portadas de los medios de información. Este escándalo nauseabundo implica directamente a dos presidentes estadounidenses, Donald Trump y Bill Clinton, pero también a un número impresionante de personalidades políticas de todos los bandos, comprometidas en todo el mundo, desde el príncipe Andrés hasta ministros de varias potencias europeas o celebridades del mundo de las finanzas y del espectáculo, sin dejar de contar al director del Foro de Davos, al presidente del CIO, a promotores, empresarios y abogados, todos ellos implicados hasta la médula. Las ramificaciones, muy sofisticadas y metódicamente organizadas, de las «fiestas privadas», la financiación astronómica y la complicidad de las más altas esferas de la clase dominante han conmocionado al mundo entero.

La explotación de las mujeres, reflejo de las costumbres de las sociedades de clases

Se nos quiere hacer creer que todo este horror no es más que obra de un perverso megalómano y narcisista. Pero esta situación de depravación y de abuso de su posición social para ejercer chantajes sexuales no es en absoluto un fenómeno aislado. Por el contrario, ilustra una práctica muy extendida en el seno de la clase dominante. Basta con recordar algunos ejemplos notorios de los últimos años: las fiestas «bunga bunga» organizadas por el ex primer ministro italiano Silvio Berlusconi, al mismo tiempo propietario de una cadena de televisión y gran empresario, que se aseguraba los servicios regulares de ‘chicas de compañía’ en la década de 1990; la detención de Dominique Strauss-Kahn, por entonces presidente en funciones del Fondo Monetario Internacional y gran favorito en las elecciones presidenciales de Francia de 2012, quien intentó abusar de una camarera de habitaciones en un hotel de Nueva York y fue posteriormente acusado por muchas otras mujeres de

comportamientos similares⁽¹⁾; o incluso el expresidente coronel Gadafi, de quien una periodista, Mémona Hintermann, declaró que había intentado violarla durante una estancia en Libia en 1984 a cambio de una entrevista.

De hecho, desde la prehistoria hasta nuestros días, las mujeres siempre han sido explotadas como objetos sexuales o de intercambio. Engels, en «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*», o August Bebel, en «*La mujer y el socialismo*», han puesto claramente de manifiesto y denunciado las relaciones de explotación de las mujeres por parte de los hombres en todas las sociedades de clases marcadas por la dominación patriarcal. Pero, con la entrada en decadencia de los sucesivos modos de producción y explotación, las superestructuras ideológicas han tendido a desmoronarse aún más y han empujado a las clases dominantes en declive hacia comportamientos aún más «desviados» y malsanos.

Esto se verificó especialmente con el declive de la aristocracia inglesa en el siglo XVIII. Su libertinaje y su depravación son un tema recurrente en la obra del pintor William Hogarth. En Francia, en la misma época, especialmente bajo la cínica Regencia de Felipe II de Borbón, entre 1715 y 1723, la relajación de las costumbres y el éxito de las «fiestas galantes» en el Palacio Real dan testimonio del mismo fenómeno. Este fenómeno perduró, por otra parte, bajo Luis XV y sus favoritas, antiguas cortesanas ennoblecidas, y de forma más discreta con la moda de los «salones literarios y artísticos».

Sin embargo, en el capitalismo, la explotación de las mujeres adquiere una nueva dimensión con la mercantilización del cuerpo femenino, una especie de segunda «derrota histórica del género femenino»⁽²⁾ simbolizada por la «época dorada de los burdeles» en el siglo XIX y la generalización de la prostitución «al servicio» de los ejércitos en campaña. Aunque el capitalismo ha atenuado, en

parte, la división sexual del trabajo que originó las sociedades de clases al integrar a las trabajadoras en el proceso de producción mantiene fundamentalmente el marco de la sumisión forzada de las mujeres a los hombres, en particular a través del matrimonio y su aislamiento en el núcleo familiar, resumido en la fórmula de Flora Tristán, retomada por Marx y Engels: «*la mujer es la proletaria del hombre*».

Bebel, en particular, denunció con virulencia toda la hipocresía de la sociedad burguesa en el periodo ascendente del capitalismo, especialmente en las grandes familias burguesas: «*En el matrimonio, la mujer es comprada y se convierte en propiedad legal del marido. [...] Si el matrimonio representa una de las caras de la vida sexual del mundo burgués, la prostitución representa la otra. La primera es la cara de la moneda, la segunda es el reverso*»⁽³⁾. De hecho, las relaciones capitalistas no solo perpetúan, sino que acentúan el papel de la mujer como objeto sexual, que se convierte realmente en propiedad privada del hombre hasta el punto de quedar reducida a una mera herramienta al servicio del deseo y los instintos masculinos. Las mujeres proletarias, en particular, y sobre todo en el marco de su explotación laboral, se ven obligadas, bajo la amenaza constante del desempleo y de quedar reducidas a la miseria y la pobreza, a rebajarse a sufrir todo tipo de humillaciones.

Un símbolo de la putrefacción del capitalismo

Por supuesto, la prostitución, la violación y la pedofilia «siempre han existido». Pero esta explotación adopta una forma aún más extrema, abyecta y masiva con el hundimiento del sistema capitalista en su crisis histórica. La prostitución ha alcanzado ahora una magnitud industrial inimaginable, al igual que la explotación de mujeres y niños en la pornografía. Las redes de esclavitud sexual ultraviolentas se han disparado, aprovechándose de la creciente miseria y el aislamiento de las jóvenes. La pornografía, cada vez más repugnante y cruel, se ha generalizado ampliamente, incluso entre los más jóvenes. Se calcula que una de cada ocho mujeres

(3) Bebel, *La mujer y el socialismo*, *La mujer en el presente*.

ha sufrido hoy en día una violación o una agresión sexual antes de cumplir los 18 años, en su gran mayoría en el ámbito familiar y en contextos de guerra, donde la estadística se dispara ¡hasta una de cada cuatro mujeres! Este ‘museo de los horrores’ es interminable. Mientras que la burguesía ya no tiene más perspectivas que ofrecer que la guerra, la miseria y el caos generalizado, la descomposición desde sus bases de todas sus estructuras sociales tiene efectos considerables, incluso en el plano moral: «*todas estas manifestaciones de la putrefacción social que hoy, a una escala desconocida en la historia, invaden todos los poros de la sociedad humana, solo saben expresar una cosa: no sólo la dislocación de la sociedad burguesa, sino también la aniquilación de todo principio de vida colectiva en el seno de una sociedad que se ve privada del más mínimo proyecto, de la más mínima perspectiva, incluso a corto plazo, incluso la más ilusoria*»⁽⁴⁾.

Si bien este fenómeno afecta a todos los estratos de la sociedad, adopta formas extremas entre la burguesía, para quien el acceso a estas prácticas se ve ampliamente facilitado por la posición dominante de sus miembros. Así, todas las formas de corrupción crecen y prosperan en el seno de la burguesía, especialmente en el aparato político, como lo demuestra la avalancha de escándalos en la mayoría de los países, a un nivel y con una magnitud sin precedentes. A imagen de la creciente gangsterización de los aparatos políticos y económicos, carcomidos por la corrupción y los vínculos con los círculos mafiosos, Epstein, un individuo desprovisto de todo escrúpulo y formado entre bastidores en la bolsa de Wall Street, no ha dejado de ejercer relaciones de poder, chantaje, amenazas e intimidación, tanto sobre sus riquísimos «clientes» o «protectores» sobre los que ejercía un chantaje permanente acumulando expedientes, como frente a sus víctimas, cuidadosamente seleccionadas y elegidas entre las más frágiles o vulnerables, procedentes de entornos socialmente desfavorecidos o que viven en un ambiente familiar difícil (drogas, alcoholismo, prostitución, abusos sexuales...).

No es casualidad que Trump, punta de lanza del populismo y el mismo vinculado a los círculos mafiosos, haya sido cómplice de Epstein: «*Muchas*

(4) «TESIS: la descomposición, fase última de la decadencia capitalista» (mayo de 1990).

mujeres ya han afirmado que Trump las violó en diversos eventos o concursos de belleza. También se sabe que Trump pagó para silenciar a las dos mujeres que lo acusaban de haber mantenido relaciones ilícitas con él, la estrella del porno Stormy Daniels y la ex conejita de Playboy aren McDougall. [...] También es bien conocida su asociación con Epstein, quien fue acusado de violación, abuso y, sobre todo, de tráfico internacional de menores. Aparece junto a Trump en decenas de fotos. Por último, Trump también fue declarado culpable de treinta y cuatro cargos de falsificación de documentos comerciales, que salieron a la luz durante la investigación sobre los pagos realizados a Stormy Daniels».⁽⁵⁾

Pero ¿por qué se le dedica tanta atención a este asunto en los medios de información? Es evidente que existe una explotación ideológica de esta campaña mediática. Existe una dimensión de ajuste de cuentas entre facciones burguesas rivales: unos para desacreditar la política «autoritaria, dictatorial y fascista» de Trump e intentar destituirlo; otros, en el bando MAGA, para alimentar sus tesis delirantes sobre una gran conspiración fomentada por las «élites» ... Pero también se trata de alimentar una campaña en defensa de la «democracia amenazada», polarizada en torno a la falsa oposición entre populismo y anti-populismo. Se trata, por un lado, de una trampa peligrosa tendida a la clase obrera para desviarla de sus luchas. Al mismo tiempo, esta campaña sirve para desviar la atención del inexorable hundimiento del capitalismo en la barbarie: el horror de la explotación de los cuerpos de las mujeres y los niños se reduciría a un individuo, Epstein, y podría encontrar su solución en «más democracia», más «transparencia», más «justicia». Al centrar la atención en individuos, la burguesía busca ocultar que, detrás de estos personajes infames, el verdadero responsable es la sociedad capitalista en descomposición. De este modo, busca impedir que se tome conciencia de que, para poner fin a todos estos horrores, hay que acabar con este sistema.

Wim, 28 de febrero de 2026

(5) «¿Cómo podemos explicar el caos de la política burguesa?», *Revista Internacional*, n° 174.

EN NINGUNA GUERRA HAY QUE TOMAR PARTIDO

¿Qué pensar de los debates en la reunión de la Plataforma de Huelga Social Transnacional?

El sábado 28 de febrero tuvo lugar en Colonia una reunión de la Plataforma Transnacional de Huelga Social, que se centró en dos cuestiones principales:

- la realidad y los efectos de la creciente militarización en Europa (cuya expresión era «Europa en guerra»; Europa ya está en guerra)

- y evidentemente, la pregunta: ¿qué hacer?

Tras una breve introducción de los organizadores, en la que se señaló acertadamente, desde nuestro punto de vista, que ante una guerra no debemos colocarnos en el campo de alguno de los bandos en disputa (el término utilizado por el orador fue «campismo»), la CCI planteó la cuestión: centrarse en la idea de «Europa en guerra», ¿no restringe demasiado la visión sobre la dinámica bélica al ámbito europeo? Por supuesto, se han dado pasos de gigante hacia la militarización en Europa desde el inicio de la guerra en Ucrania (en Alemania, el entonces canciller Scholz habló de un histórico punto de inflexión y duplicó rápidamente los gastos militares); poco después del inicio del mandato de Trump 2.0, la UE decidió un paquete de armamento de 800 mil millones de euros para construir su propia economía de guerra, mucho más independiente de Estados Unidos; y con la reintroducción del servicio militar obligatorio en muchos países (por ejemplo, en Francia o Alemania), de forma gradual o directa, se están alcanzando nuevos niveles de remilitarización.

También se mencionó, con razón, que todo este desarrollo va acompañado de militarización en las fronteras, deportación de refugiados y medidas represivas dentro de los propios países.

¿Una espiral de guerra a nivel mundial o solamente en Europa?

La CCI además planteó la cuestión de si debemos ampliar nuestra perspectiva para incluir la confrontación entre Estados Unidos y China, que desempeña un papel fundamental en numerosos conflictos (por ejemplo, la intervención estadounidense en Venezuela, entre otros, con el objetivo de frenar la influencia china en la región), o en Irán, donde China, entre otros, también se ve privada de un aliado. Al mismo tiempo, se observa una cadena de guerras en África y Oriente Medio, así como un rearme en Japón y Asia Oriental. En resumen, al verlo a través del prisma de «Europa en guerra», no se aprecia en toda su magnitud el militarismo, cuya fuerza destructiva se extiende por todo el mundo. La reunión tuvo lugar apenas unas horas antes del inicio de la ofensiva de Estados Unidos e Israel contra Irán, y solo unos días después del bombardeo de Kabul, la capital de Afganistán repleta de refugiados, por parte de Pakistán. Explicamos que el militarismo y su espiral de destrucción se extienden por todo el planeta, y van acompañados de una destrucción ambiental cada vez más devastadora. Al limitarnos a la guerra

en Europa, ¿no estamos subestimando el peligro que corre toda la humanidad?

La intervención de la CCI pretendía dejar claro que no podemos limitar nuestra visión a una sola región (el papel de la maquinaria de destrucción estadounidense, las políticas del imperialismo ruso, el rearme de China, las ambiciones militares de la India, por ejemplo, muestran lo contrario), sino se trata de un fenómeno histórico global y, por lo tanto, plantea la cuestión del sistema capitalista, que se encuentra en un punto muerto y solo puede sobrevivir mediante la destrucción y el terror, lo que hace necesario abordar la necesidad de superarlo a nivel mundial.

La cuestión detrás de la evaluación de las fuerzas en juego no se ha planteado

Cuando en la reunión se plantea la cuestión de los efectos y la percepción que tienen los participantes, procedentes de varios países europeos, estos denunciaban, para empezar, toda esta campaña de intimidación de la población y estos intentos de reclutar soldados mediante mensajes publicitarios totalmente engañosos, así como el hecho de que esto, en realidad, solo conduce a recortes y restricciones presupuestarias. Pero teniendo en cuenta que los países de la UE han aceptado el presupuesto militar de 800 mil millones de euros ya mencionado, la financiación ilimitada de la Bundeswehr alemana, el aumento de la financiación

de la OTAN del 5% del PIB para cada país miembro, el aumento del presupuesto militar estadounidense de 900 mil millones de dólares a 1.5 billones, hubo dificultad para plantear claramente la pregunta: ¿quién va a pagar la factura de todo esto?

En una intervención, hemos destacado que será la clase trabajadora la que tendrá que pagar la cuenta, ya sea mediante la imposición de una mayor carga de trabajo (sea ampliando la jornada semanal, sea ampliando los años de la vida laboral), o con recortes presupuestarios en salud y educación, el aumento de los precios de la energía, los alquileres, etc., además de otros deterioros relacionados con la crisis económica, como la pérdida de empleos, los despidos, la intensificación de los ritmos de trabajo, las reducciones salariales, etc. La cuestión central, de si la clase dominante puede repercutir la totalidad de estos costos sobre la clase trabajadora, y si esta última está dispuesta a apretarse el cinturón y, en última instancia, a dar su vida por la maquinaria de guerra, apenas se ha abordado. Al no plantear esto, se ha eludido la cuestión crucial de la evaluación de la relación de fuerzas entre el Capital y el Trabajo. Por ejemplo, nosotros creemos que desde 2022, en varios países europeos, pero también en Estados Unidos, se ha producido una serie de luchas de la clase trabajadora contra la creciente precariedad de sus condiciones de vida, causada en gran parte por la creciente militarización de la

sociedad. Estas luchas, aunque son naturalmente insuficientes, son una expresión del hecho de que la clase obrera sigue siendo una fuerza capaz de contrarrestar lo que la clase dominante le ofrece. Demuestran que, en la relación de fuerzas entre la burguesía y el proletariado, la balanza no se inclina totalmente a favor de la burguesía.

Es cierto que se ha mencionado lo burdas y torpes que son las campañas publicitarias destinadas a reclutar carne de cañón y soldados cegados por la ideología de la Bundeswehr o de otros ejércitos, cuando la mayoría de los jóvenes y de otras generaciones se oponen a la guerra. Sin embargo, todo esto no se ha evaluado ni analizado en profundidad.

Pero dado que las necesidades de la economía de guerra y las medidas de austeridad asociadas plantearán nuevos desafíos a la clase trabajadora, para luchar contra esas medidas habrá que establecer el vínculo entre la crisis y la guerra y prepararnos para esa necesidad, así como para definir nuestra postura al respecto; en esa reunión existía un gran riesgo de no prepararnos para las necesidades reales de la lucha.

Por ejemplo, un participante lamentó que IG Metall acogiera con beneplácito y apoyara plenamente los pedidos de armas en la industria metalúrgica y que no se pudiera confiar realmente en los sindicatos, pero nadie mencionó que los sindicatos, especialmente en Alemania, donde fueron pioneros, apoyaron apasionadamente a toda la maquinaria de guerra del capital alemán cuando declararon la guerra en agosto de 1914 y, cuatro años después, cuando los obreros y los soldados se sublevaron en Alemania, trabajaron codo con codo con los militares y el SPD para aplastar a los trabajadores.

¿Deberían los revolucionarios enarbolar la consigna del «derrotismo revolucionario»?

Ante la gravedad de la situación internacional y la escalada de la barbarie bélica, es responsabilidad de los revolucionarios estimular a la clase obrera a tomar conciencia de lo que está en juego históricamente, a comprender la dinámica del equilibrio de fuerzas entre las clases y sus consecuencias para la lucha, y a reflexionar sobre los objetivos de dicha lucha. Con la perspectiva de defender los principios de la izquierda comunista, surge entonces la pregunta de qué análisis y orientaciones proponen los diversos grupos dentro del ámbito político proletario para orientar la lucha obrera.

La importancia del debate proletario

Las reuniones públicas, como las organizadas por la Tendencia Comunista Internacionalista (TCI) el 7 de marzo y por la CCI el 21 de marzo en París y otras ciudades del mundo, ofrecen foros para el debate proletario donde se pueden comparar los análisis y argumentos de diferentes grupos revolucionarios. Por lo tanto, coincidimos con el siguiente énfasis de la evaluación de la TCI: *«Consideramos que estos espacios de discusión, reflexión y debate son esenciales en un período plagado de peligros para la clase trabajadora, no solo para comparar los puntos de vista y opiniones de militantes y simpatizantes de la izquierda comunista, sino también para ofrecer una apertura política a quienes se interesan por las propuestas de las minorías revolucionarias internacionalistas»*⁽¹⁾. En efecto, el debate se desarrolló en un espíritu fraterno no solo entre los grupos proletarios, sino también con los demás participantes,⁽²⁾ especialmente jóvenes interesados en las posiciones de la izquierda comunista, particularmente en la cuestión central de la guerra y cómo

deben responder los revolucionarios y la clase obrera, pues, como enfatizó la TCI, *«surgió rápidamente un consenso respecto a la perspectiva catastrófica y bárbara hacia la que nos conduce el capitalismo»*⁽³⁾.

Durante el debate, surgieron diferencias significativas respecto al método de análisis y sus implicaciones para la lucha del proletariado. En la evaluación de la dinámica de la guerra, la mayoría de los grupos presentes afirmó que el mundo se encaminaba «hacia una tercera guerra mundial», mientras que la CCI, contrariamente a la corriente, sostuvo que «nos dirigimos hacia una proliferación y generalización de conflictos en todo el mundo, en un contexto de creciente caos, que en última instancia amenaza con destruir a la humanidad». El debate se centró en la pertinencia actual del lema del «derrotismo revolucionario», es decir, el deseo del proletariado en cada país de ver derrotada a su propia burguesía para facilitar la lucha por su derrocamiento. En realidad, la promoción de este lema revela no solo ambigüedades respecto al auténtico internacionalismo, sino sobre todo visiones erróneas sobre las implicaciones de la dinámica actual del capitalismo y el equilibrio de fuerzas vigente entre las clases.

Un eslogan ambiguo desde el principio...

La consigna del «derrotismo revolucionario» fue ciertamente propuesta por Lenin durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en aquel entonces buscaba *«responder a las sofisterías de los ‘centristas’, quienes, si bien se oponían ‘en principio’ a cualquier participación en la guerra imperialista, aconsejaban esperar a que los obreros de los países ‘enemigos’ estuvieran preparados para la lucha contra la guerra antes de instar a los obreros del propio país a hacer lo mismo. Para respaldar esta postura, argumentaban que si los*

obreros de un país se sublevaban antes que los de los países adversarios, facilitarían la victoria imperialista de estos últimos. Frente a este ‘internacionalismo’ condicional, Lenin respondió con razón que la clase obrera de cualquier país no tenía ningún interés común con su burguesía. En particular, señaló que la derrota de esta última solo podía facilitar la lucha obrera, como había ocurrido con la Comuna de París (tras la derrota de Francia a manos de Prusia) y la revolución rusa de 1905 (derrotada en la guerra contra Japón). De esta observación concluyó que cada proletariado debía desear la derrota de su burguesía. Esta última postura ya era errónea en aquel momento, dado que llevó a los revolucionarios de cada país a exigir para ‘su’ proletariado las condiciones más favorables para la revolución proletaria, mientras que la revolución tenía que tener lugar a nivel mundial, y sobre todo en los grandes países avanzados, que estaban todos involucrados en la guerra.»⁽⁴⁾

Rosa Luxemburgo ya criticaba la postura errónea de Lenin al respecto, aunque ella también sucumbió en ocasiones a la lógica de este tipo de «patriotismo inverso». No es casualidad, sin embargo, que en su *Folleto de Junius* concluyera con la consigna mucho más clara del *Manifiesto Comunista* de 1848: *«¡Proletarios del mundo, uníos!»*, y no con la consigna del «derrotismo revolucionario». Además, *«con Lenin, la debilidad de esta postura nunca puso en entredicho su intransigente internacionalismo (incluso podríamos decir que fue precisamente su intransigencia la que lo llevó al error). En particular, Lenin nunca tuvo la idea de apoyar a la burguesía de un país ‘enemigo’, aunque esta pudiera ser la conclusión lógica de sus ‘deseos’»*⁽⁵⁾.

Por otro lado, la visión nacionalista de la revolución contenida en el eslogan del «derrotismo revolucionario» fue posteriormente explotada en numerosas ocasiones *«por partidos burgueses revestidos de colores ‘comunistas’, para justificar su participación en la guerra imperialista. Así, por ejemplo, tras la firma del pacto ruso-alemán en 1939, los estalinistas franceses descubrieron repentinamente las virtudes del ‘internacionalismo proletario’ y del ‘derrotismo revolucionario’, virtudes que habían olvidado hacía tiempo y que repudiaron con igual rapidez en cuanto Alemania lanzó su ataque contra la URSS en 1941. Los estalinistas italianos también utilizaron el término ‘derrotismo revolucionario’ después de 1941 para justificar su política de liderar la Resistencia contra Mussolini»*⁽⁶⁾. De esto se desprende una lección: *«cualquier eslogan dirigido a uno u otro sector del proletariado, atribuyéndole tareas distintas o diferentes a las de otros sectores, es ambiguo y puede fácilmente volverse contra la clase obrera»*⁽⁷⁾.

Lenin difícilmente volvería a plantear esta consigna después de febrero de 1917, prefiriendo en cambio la de *«transformar la guerra imperialista en una guerra civil»*. Además, la consigna del «derrotismo revolucionario» contiene otro inconveniente importante, que se puso de manifiesto tras la Primera Guerra Mundial, y que subraya hasta qué punto tiende a dar la espalda al verdadero internacionalismo: *«El antiguo esquema del derrotismo revolucionario, que sostenía que la derrota del propio gobierno favorece el desarrollo de la revolución, además de contener una ambigüedad inherente sobre la necesidad de oponerse a todos los gobiernos en una situación de guerra, ha sido refutado de manera demostrable por el hecho de que la división entre naciones*

vencedoras y derrotadas crea profundas divisiones en el proletariado mundial, como se vio con mayor claridad tras la guerra de 1914-1918»⁽⁸⁾.

... una aberración hoy

La dinámica actual del capitalismo global no guarda semejanza alguna con aquella en la que se enarboló por primera vez la consigna del «derrotismo revolucionario». Hoy, no tiende en absoluto a la formación de bloques con miras a una tercera guerra mundial, ni siquiera a la movilización de decenas de millones de proletarios al frente, sino, por el contrario, a la explosión imperialista del «todos contra todos» y a la proliferación de guerras caóticas y bárbaras, en el marco de una sociedad capitalista en decadencia. Tampoco nos encontramos ante una profunda derrota física e ideológica para la clase trabajadora, sino en un contexto donde los trabajadores intentan, aunque no sin dificultades, a través de sus luchas económicas, desarrollar su autonomía y conciencia de clase.

El proletariado retoma la lucha y emerge de su letargo, especialmente desde los movimientos que estallaron en Gran Bretaña en 2022 durante el *«Verano del Descontento»*, bajo el lema *«¡Basta ya!»*. El impulso generado, que continuó en 2023 en Francia, Estados Unidos y el resto del mundo, marca una ruptura⁽⁹⁾ con la relativa pasividad de los últimos treinta años, lo que indica una tendencia a expresar nuevamente un espíritu combativo y un esfuerzo consciente que permite la recuperación gradual de una identidad de clase perdida. Este proceso lento, accidentado y difícil está ciertamente plagado de obstáculos, pero, parafraseando a Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*, esto indica *«un proceso molecular»*, es decir, una tendencia aún en formación, que conduce a una necesaria politización y a la afirmación de una perspectiva a largo plazo de la lucha revolucionaria. En este sentido, la resistencia ante los ataques económicos vinculados a la crisis de sobreproducción, contra la economía de guerra, pero también contra las campañas ideológicas que exigen sacrificios, constituye un verdadero avance, aunque aún frágil. En resumen, lo que está en juego en la dinámica actual y los desafíos que plantea a la clase trabajadora son considerables, pero no son los de una guerra mundial a la que podría responder la consigna del «derrotismo revolucionario».

En realidad, este marco de análisis defendido por la CCI no es ni extraño ni original. Se refiere al análisis «clásico» desarrollado por Marx y Engels en su época (y en parte por Rosa Luxemburgo), que sostenía que la lucha revolucionaria del proletariado surgiría del colapso económico del capitalismo y no de la guerra entre estados capitalistas: *«No, la guerra no crea las condiciones más favorables para la generalización de la revolución. Contrariamente a la tesis sobre la guerra que implica la visión de una progresión extremadamente rápida que sorprende a la burguesía (en el modelo ruso), la revolución emerge, como dijo Luxemburgo en el congreso fundacional del PC alemán, como un proceso largo y doloroso, lleno de falsos comienzos, avances y retrocesos en la lucha. Es en este proceso donde maduran las condiciones para la generalización, la elevación de la conciencia y la capacidad de autoorganización. Los revolucionarios deben dejar de hacer de su impaciencia un punto de referencia y aprender a trabajar a largo plazo, como lo dicta la realidad. [...] Las condiciones para la generalización se pueden encontrar en la crisis misma.*

La inevitable inmersión del capitalismo en una crisis cada vez más profunda crea la marcha inexorable hacia la generalización de la lucha, la condición para la apertura de la revolución a nivel mundial y para su victoria final»⁽¹⁰⁾.

Desde esta perspectiva, el «derrotismo revolucionario» ya no es simplemente un eslogan erróneo e irrelevante; abre de inmediato la puerta a las posturas izquierdists. De hecho, este eslogan permite a la burguesía y a sus izquierdistas encarnar objetivos imperialistas, a veces combinado con otro eslogan: el de las «luchas de liberación nacional», una excusa para las empresas imperialistas y las masacres de poblaciones, como durante la Guerra Fría y la primera Guerra del Golfo en 1990, cuando este eslogan permitió a los trotskistas defender el Irak de Saddam Hussein contra la «opresión estadounidense». Del mismo modo, sigue siendo uno de los eslóganes utilizados para justificar el apoyo nacionalista a la «Palestina oprimida» en el conflicto que enfrenta a la burguesía palestina con la israelí.

Además, la TCI utiliza un léxico similar, aunque ambiguo, si bien lo hace para defender una necesaria *«fraternización entre los oprimidos»*⁽¹¹⁾. Si bien la TCI y el PCI no apoyan a un bando burgués contra otro, abogar por un «derrotismo revolucionario» sobre la base errónea de las diferencias en las situaciones nacionales entre países oculta cualquier distinción clara de los engaños de la izquierda y su contaminado «internacionalismo». Para estas organizaciones, el uso erróneo del eslogan «derrotismo revolucionario» ilustra el peligro de una aplicación mecánica y ciega de viejas fórmulas del pasado. La TCI y el PCI son incapaces de tener en cuenta en su marco analítico la situación histórica actual, el equilibrio de fuerzas entre las clases que implica y la situación material real de la clase trabajadora, particularmente en los países capitalistas centrales, que los camaradas consideran *«todavía fuertemente marcada por el peso de la contrarrevolución»*⁽¹²⁾.

Si bien la guerra y el militarismo están, sin duda, en el centro de la situación actual, y la defensa del internacionalismo proletario sigue siendo, indudablemente, un principio que debe defenderse, a diferencia del pasado, el desarrollo de la próxima ola revolucionaria no surgirá de una guerra mundial, ni en ningún caso de la confraternización entre los frentes, como se propugnaba en un reciente artículo del PCI⁽¹³⁾. La revolución tiene su origen en la profundización de la crisis económica: *«la exigencia burguesa de sacrificios en nombre del fortalecimiento de la maquinaria bélica sin duda encontrará una seria resistencia por parte de una clase obrera invicta. Los movimientos de clase que caracterizan la ruptura reafirman la centralidad de la crisis económica como principal estímulo de la lucha de clases. Pero, al mismo tiempo, la proliferación de la guerra y el creciente costo de la economía de guerra, sobre todo en los principales países de Europa, serán un factor importante en la futura politización de la lucha, en la que la clase obrera podrá establecer un vínculo claro entre los sacrificios exigidos por la economía de guerra y los crecientes ataques a su nivel de vida, e integrar finalmente todas las demás amenazas derivadas de la descomposición en una lucha contra el sistema en su conjunto»*⁽¹⁴⁾. Y en este sentido, la consigna más coherente sigue siendo la del *Manifiesto Comunista* de Marx: *«¡Proletarios del mundo, uníos!»*.

WH, 4 de abril.

(10) Las condiciones históricas para la generalización de la lucha de la clase trabajadora *Revista Internacional* 26 (1981). Disponible en inglés y francés.

(11) «Balance de la reunión pública del 7 de marzo de 2026».

(12) Observaciones introductorias de la TCI a la reunión pública.

(13) PCI, Guerra en Ucrania. La «clara tendencia» en el turbio pantano de la defensa nacional y la realpolitik.

(14) Resolución sobre la situación internacional *Revista Internacional* 174 (Noviembre 2025)

(1) «Balance de la reunión pública del 7 de marzo de 2026», publicada en francés en Leftcom.org

(2) Los grupos de izquierda comunista presentes: TCI, PCI-EI Proletario, PCI-Cuadernos Internacionalistas, la CCI, más un militante de la CNT-SO.

(3) «Acta de la reunión pública del 7 de marzo de 2026», op. cit.

¿Activismo, o dónde se debe actuar?

En la última parte de la reunión, cuando se planteó la cuestión de qué hacer, quedó claro el dilema. Es justo e indispensable actuar, romper el silencio y buscar colectivamente la unión. Pero, ¿sobre qué bases y con qué expectativas? Desde nuestro punto de vista, hay que protegerse de la ilusión de que es posible conseguir algo «aquí y ahora».

Aunque varios de los participantes informaran sobre numerosas iniciativas y acciones, había la impresión general de que no se había logrado ningún éxito real (salvo, precisamente, el de haber creado una red de militantes), en cierto modo se tenía plantear la pregunta correcta: ¿quién puede ejercer una presión capaz de hacer ceder al gobierno y al Capital? ¿Cómo lograr construir una relación de fuerzas capaz de paralizar el brazo criminal de la clase dominante, o incluso toda la maquinaria? ¿Se puede lograr esto sin superar el sistema en sí mismo? En otras palabras, ¿se puede acabar con la guerra sin superar el sistema?

Como ya se ha dicho, muchos han puesto en marcha con gran energía numerosas iniciativas, pero sin buscar a la verdadera fuerza central, la clase obrera. Como hemos destacado en esta parte del debate, la clase obrera ha demostrado a lo largo de la historia que es ella, y no el pacifismo, la que puede poner fin a la guerra, pero que, en última instancia, es el sistema en su conjunto el que debe ser derrocado. En resumen, no se necesita nada menos que una revolución, una revolución mundial.

Los organizadores de esta reunión habían incluido acertadamente en su invitación el rechazo al «campismo»

(término que designa el hecho de tomar partido por uno u otro bando en una guerra), pero durante la reunión no se mencionó ni una sola vez el término «internacionalismo». ¿Cómo es posible, sin embargo, enfrentar todos los desafíos de la lucha contra el sistema capitalista si no logramos destacar la necesidad de una lucha común de toda la clase obrera, más allá de todas las fronteras que la dividen?

Por lo tanto, nuestra intervención concluyó con un llamado a no lanzarnos de cabeza al activismo, sino a plantearnos qué fuerza es capaz de derrocar al capitalismo, aunque a primera vista pueda parecer improbable, dadas las innegables dificultades que enfrenta actualmente la clase obrera.

Pero si nunca nos planteamos esta pregunta y no reconocemos dónde y cómo hay que actuar, ni cuán largo y difícil será el camino para superar el sistema, corremos el peligro, al final, de caer en la desmoralización... y, por supuesto, el sistema permanece intacto. Mientras no examinemos sin concesiones las trampas del activismo, nuestra voluntad de resistir al sistema capitalista se extinguirá sin perspectiva. Al lanzarnos a acciones desenfrenadas, una tras otra, huimos de toda clarificación política. Pero ¿no sería nuestro deber mostrar cómo debe luchar la clase obrera, incluso cuando no se espera que se movilice directamente contra la guerra, esta lucha consciente contra la guerra requiere el desarrollo de la resistencia de la clase obrera y que, para ello, hay que poner en el centro del desarrollo de la conciencia el vínculo entre la guerra y la crisis y nuestro empobrecimiento? Aclarar estas preguntas es ineludible.

CCI, 5-marzo-2026

(4) Véase nuestra Polémica: El entorno político proletario frente a la Guerra del Golfo, *Revista Internacional* 64 (1991). Disponible en inglés y francés.

(5) Ibid.

(6) Ibid.

(7) Ibid.

(8) Informe sobre la lucha de clases para el 26º Congreso de la CCI *Revista Internacional* 174 (noviembre de 2025)

(9) Véase nuestro artículo Balance de nuestras Reuniones Públicas: ¿Por qué la CCI habla de «ruptura» en la dinámica de la lucha de clases? CCI online septiembre de 2023.

Mantener viva la chispa de la organización de los revolucionarios...

al que ya nos hemos referido ofrecía una clarificación extremadamente profunda sobre dos cuestiones fundamentales: la naturaleza de la guerra imperialista y la del capitalismo de Estado.

Ya a principios del siglo XX, el movimiento revolucionario había puesto de manifiesto que el militarismo y la guerra imperialista constituían la manifestación más significativa de la entrada del modo de producción capitalista en su fase de declive histórico. Este cambio de período histórico conllevaba una modificación fundamental en las causas de la guerra, a lo que la GCF aportó una contribución decisiva:

«En la época del capitalismo ascendente las guerras (nacionales, coloniales y las conquistas imperialistas) expresaron la marcha adelante, de ampliación y extensión del sistema económico capitalista. La producción capitalista encontró en la guerra la continuación de su política económica por otros medios. Cada guerra se justificaba y pagaba sus gastos abriendo un nuevo campo para una mayor expansión, asegurando el desarrollo de una mayor producción capitalista. En la época del capitalismo decadente, la guerra al igual que la paz expresan esa decadencia y participa poderosamente en su aceleración.

Sería erróneo considerar la guerra como algo negativo por definición, como un lastre destructivo para el desarrollo de la sociedad, en contraposición a la paz, que se presentaría entonces como el curso normal y positivo del desarrollo de la producción y la sociedad. Esto equivaldría a introducir un concepto moral en un proceso objetivo y determinado por factores económicos.

La guerra fue indispensable al capitalismo para abrir nuevas posibilidades de desarrollo posterior, en la época en que estas posibilidades existían y no podían ser abiertas más que por la violencia. Del mismo modo, el hundimiento del mundo capitalista que ha agotado históricamente toda posibilidad de desarrollo, encuentra en la guerra moderna, la guerra, imperialista, la expresión de este hundimiento, que, sin abrir ninguna posibilidad de desarrollo posterior para la producción, no hace más que precipitar en el abismo a las fuerzas productivas y acumular a un ritmo acelerado ruinas sobre ruinas a un ritmo cada vez más acelerado, sin abrir ninguna posibilidad para el desarrollo externo de la producción.

En el capitalismo no existe una oposición fundamental entre la guerra y la paz, pero sí hay una diferencia entre las fases ascendente y decadente de la sociedad capitalista (y en la relación entre la guerra y la paz) en cada una de esas fases.

Mientras que en la primera fase la guerra tenía la función de garantizar la expansión del mercado y, por ende, la producción de medios de consumo, en la segunda fase la producción se orienta esencialmente hacia los medios de destrucción, es decir, hacia la guerra. La decadencia de la sociedad capitalista se manifiesta de manera más llamativa en el hecho de que, mientras que en el período ascendente las guerras tenían la función de estimular el desarrollo económico, en el período decadente la actividad económica se limita esencialmente a la búsqueda de la guerra.

Esto no significa que la guerra se haya convertido en el objetivo de la producción capitalista; el objetivo sigue siendo para el capitalismo la producción de plusvalía, pero sí que significa que la guerra, al haber tomado un carácter permanente se ha convertido en el modo de vida del capitalismo decadente»⁽⁹⁾.

Este análisis ha resultado ser totalmente válido, ya que desde entonces el mundo ha sido testigo de más de un centenar de conflictos bélicos que han causado al menos tantas muertes como la Segunda Guerra Mundial. Esta espiral bélica se ha intensificado considerable-

mente en las últimas cuatro décadas, como lo demuestra el sangriento escenario actual tanto en Ucrania como en Medio Oriente.

En marzo de 1946, la GCF aprobó las «Tesis sobre la naturaleza del Estado y la Revolución Proletaria»⁽¹⁰⁾; este documento constituyó una nueva contribución importante, en particular sobre el papel del Estado en el período de decadencia y la posición del proletariado frente a él. La Internacional Comunista ya había tomado conciencia del papel omnipresente del Estado en todos los ámbitos de la sociedad y, en particular, en el plano económico. El Manifiesto del Primer Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en marzo de 1919, defendía claramente que «la estatización de la vida económica, contra la que tanto protestaba el liberalismo capitalista, es un hecho consumado. Volver, ya no a la libre competencia, sino simplemente al dominio de los trusts, los sindicatos y otras pulpos capitalistas, es ya ahora imposible». Esta previsión se confirmaría plenamente en las décadas siguientes y, sobre todo, tras la crisis de 1929, que recordó a la burguesía que la intervención del Estado en la gestión del capital nacional se había convertido en una necesidad ineludible y permanente. Los preparativos para la guerra durante los años treinta y, más aún, el deterioro de casi todos los grandes centros industriales del mundo en 1945, aceleraron aún más esta tendencia general hacia el capitalismo

(10) THESES ON THE NATURE OF THE STATE AND THE PROLETARIAN REVOLUTION (1946). Ver también Marc Chirik and the state in the period of transition , *International Review* 168. En inglés

la tortura y la masacre de disidentes en Irán terminarían si el cruel reinado de los mulás fuera sustituido por partidos de oposición democráticos, o incluso por un regreso al poder de la dinastía Pahlavi.

Y esto se aplica también al argumento de que Trump y sus clones en otros países constituyen una amenaza para la democracia, que nos llevan «hacia el fascismo». Es cierto que, con el trumpismo, vemos cómo el Estado recurre cada vez más a métodos directamente represivos, a una violencia en sus propias ciudades que solo tiene parangón con la violencia infligida a las ciudades iraníes. El uso del ICE como una especie de guardia pretoriana del gobernante, que sirve para imponer un terror abierto a la población de Estados Unidos, sin duda recuerda a regímenes autoritarios anteriores como el fascismo de Mussolini o el nazismo de Hitler, aunque las condiciones históricas que dieron origen a esos regímenes son muy diferentes hoy en día. Pero la principal mentira que se esconde tras esta apariencia de verdad consiste en alimentar la ilusión de que, para luchar contra tales ejemplos de represión, contra las detenciones y expulsiones de proletarios inmigrantes, bastaría con seguir a las fuerzas de oposición burguesas y sus protestas en torno a la defensa de la «verdadera democracia estadounidense». En resumen, campañas que llaman al proletariado a fundirse en la masa de ciudadanos y a alinearse tras consignas políticas burguesas, en lugar de unirse y organizarse en torno a sus propios intereses de clase. Estos intereses, aunque se plantean en primer lugar sobre todo en el plano económico, incluyen sin duda la defensa de nuestros hermanos de clase frente a la represión estatal. Pero la historia ha demostrado que cuando los trabajadores abandonan su propia lucha de clases y siguen los llamamientos a unirse a un frente «popular» detrás de facciones supuestamente «progresistas» de la burguesía para «detener el fascismo», se entregan atados de pies y manos a la

de Estado. Así pues, fue mediante un análisis riguroso de la dinámica del capitalismo desde la Primera Guerra Mundial como la GCF pudo demostrar que «el capitalismo de Estado no es un intento de resolver las contradicciones esenciales del capitalismo como sistema de explotación, sino la manifestación de dichos contradicciones. Cada grupo de intereses capitalistas intenta trasladar los efectos de la crisis del sistema a un grupo vecino y competidor, apropiándose de él como mercado y ámbito de explotación. El capitalismo de Estado nació de la necesidad de un grupo de capital dado de llevar a cabo su concentración y de someter a su control los mercados ajenos a él. La economía se transforma, por tanto, en una economía de guerra»⁽¹¹⁾.

Una vez más, el análisis y las previsiones de la GCF resultarán plenamente confirmados, ya que el papel cada vez más dominante del capitalismo de Estado a lo largo de los últimos 80 años no ha contrarrestado en absoluto la profundización de la crisis histórica del capitalismo. Más bien al contrario, ha constituido un poderoso factor de exacerbación de las contradicciones del sistema.⁽¹²⁾

(11) *La Evolución del capitalismo y la nueva perspectiva – Internationalisme* n°46 (1952), republicado en nuestra Revista Internacional n°21. En inglés

(12) En el marco de este artículo, no es posible profundizar en la cuestión del capitalismo de Estado. Para ello, véanse las siguientes referencias:

- La Decadencia del Capitalismo, nuestro folleto disponible en francés e inglés
- *Crise économique: L'État, dernier rempart du capitalisme, Révolution Internationale* n°339 (2003). En francés

barbarie del enemigo de clase. Durante la supuesta revolución española de 1936-1939, por ejemplo, los trabajadores fueron combatidos así no solo por Franco y sus tropas, sino también por las milicias del Frente Popular, en particular durante las barricadas de Barcelona en mayo de 1937.

La realidad del «orden» basado en el derecho internacional burgués

La burguesía «democrática» de Estados Unidos y Europa occidental lamenta la desaparición del «orden internacional» establecido tras la Segunda Guerra Mundial. Este «orden» está hecho trizas tras las amenazas estadounidenses contra Groenlandia, un país «aliado» de la OTAN, el secuestro de Maduro, el intento de crear un «Consejo de la Paz» bajo la presidencia de Trump en sustitución de la ONU, y a la ruptura entre los antiguos aliados de Europa y Estados Unidos, puesta de manifiesto por la negativa de los socios estadounidenses de la OTAN a comprometerse en la guerra de Trump y a participar en el desbloqueo del estrecho de Ormuz.

Pero, ¿qué era, en realidad, ese «orden internacional»? Se trataba, desde el principio, de un orden estadounidense, formado ante todo para contrarrestar el auge de la URSS como potencia imperialista mundial. La formación del sistema de dos bloques impuso efectivamente cierta disciplina a los países situados bajo la «protección» de Estados Unidos o de Rusia. Pero no hay que olvidar nunca que los dirigentes de ambos bloques siempre estaban dispuestos a mantener su autoridad de «padrinos» mediante golpes de Estado, asesinatos y, sobre todo, interminables guerras por poder, como en Corea, Vietnam, África y otros lugares, guerras libradas en nombre de la «contención del comunismo» o de la «liberación nacional» y que se cobraron millones de vidas. Era un «orden» sobre el que se cernía permanentemente la amenaza de un holocausto nuclear.

Cuando el bloque ruso se derrumbó

Así, gracias a una comprensión mucho más clara y profunda de las características generales y permanentes del período de declive histórico del capitalismo, la GCF también fue capaz de zanjar cuestiones clave para la lucha revolucionaria, entre las que destacan las siguientes:

– En el período de ascenso del capitalismo, los sindicatos constituían organizaciones que permitían el desarrollo de la lucha en el plano económico. En el período de decadencia, constituyen órganos totalmente integrados en el Estado burgués contra el que hay que luchar.

– Si a lo largo del siglo XIX las luchas de liberación nacional y la independencia de las colonias podían formar parte de la táctica del proletariado, en la decadencia capitalista estas reivindicaciones no pueden sino empujar a la clase obrera a defender los intereses de la burguesía.

– Sobre la cuestión del Estado en el período de transición, la GCF prolongará la reflexión de Bilan defendiendo la idea de que la dictadura del proletariado deberá ejercerse a través de sus órganos específicos (los consejos), distintos de los del Estado. Se trata de una posición fundamental defendida y desarrollada posteriormente por la CCI.

Con el mismo rigor, la GCF siguió defendiendo hasta el final la única alternativa creíble que se le planteaba a la clase obrera tras la Segunda Guerra Mundial: «En las condiciones actuales del capitalismo, la guerra generalizada es inevitable. Pero esto no significa

- Informe sobre la pandemia y desarrollo de la descomposición del 24º Congreso Internacional de la CCI, Revista Internacional n°167

que la revolución sea ineludible, y menos aún su triunfo. La revolución no representa más que una de las ramas de la alternativa que su desarrollo histórico impone hoy a la humanidad. Si el proletariado no alcanza una conciencia socialista, se abrirá un camino hacia la barbarie del que, hoy, podemos apreciar algunos aspectos». Una vez más, la GCF se guardaba de todo esquematismo. A diferencia de Bordiga, quien, durante el mismo período, declaraba que «la revolución es tan cierta como si ya hubiera ocurrido», la GCF defendía, por el contrario, que el camino hacia el comunismo sería aún muy largo, plagado de obstáculos gigantescos y requeriría inmensos esfuerzos por parte de la clase obrera.

En la tercera parte, abordaremos la contribución de la GCF a la cuestión del partido y sus relaciones con la clase, así como las razones que provocaron su desaparición en 1952.

Vincent, 13 de abril de 2026



Entra en nuestro sitio web
es.internationalism.org

Un paso cualitativo en el caos capitalista

en 1989, la CCI predijo que a partir de entonces entraríamos en una fase dominada por el «sálvese quien pueda» en las relaciones internacionales, una ola creciente de caos e imprevisibilidad que no anuló la tendencia del capitalismo decadente a la guerra, sino que simplemente le dio una forma diferente. Durante los primeros años de esta nueva fase, Estados Unidos actuó como «Gendarme» mundial, intentando utilizar su superioridad militar para mantener a raya a sus antiguos aliados y contener la ola de caos y desestabilización. Pero, como ya hemos dicho, las acciones estadounidenses, como la primera Guerra del Golfo o las invasiones de Afganistán e Irak a principios de la década de 2000, tuvieron el efecto contrario: aceleraron la ruptura de las antiguas alianzas y sumieron a los países invadidos en el caos. Desde entonces, hemos visto cómo este proceso de descomposición se ha acelerado cada vez más, generando un entorno cada vez más mortífero, marcado por momentos clave como la pandemia de la COVID a principios de la década de 2020, que vio cómo naciones supuestamente comprometidas con las «normas y la comunidad internacional» llevaban a cabo auténticos actos de piratería y se arrebataban entre sí mascarillas y material médico incluso en las pistas de los aeropuertos para hacer frente al colapso del sistema sanitario. La pandemia de la COVID-19 también provocó que toda la logística de la producción y el comercio globalizados se paralizara bruscamente. A este acontecimiento le siguió una cascada de conflictos de gran envergadura, como la invasión rusa de Ucrania y la guerra entre Israel, Hamás y Hezbolá. El asalto estadounidense-israelí contra Irán, y el contraataque de Irán contra los países vecinos y el comercio mundial, significan que la deriva hacia una barbarie militar incontrolada ha adquirido una nueva dimensión, confirmando lo que la Internacional Comunista afirmaba en su primer Manifiesto de 1919, ante las ruinas dejadas por la Primera Guerra Mundial, que marcó la entrada del capitalismo en su época de declive:

«el resultado último del modo de producción capitalista es el caos».

Se podría pensar que el objetivo de Trump era, como poco antes en Venezuela, someter a un régimen enemigo y asestar un golpe a China, el principal rival de Estados Unidos y cuyo socio imperialista de importancia en el plano económico y estratégico es Irán. Pero, lejos de imponer por la fuerza la hegemonía estadounidense en Oriente Medio, este conflicto ha arrastrado a Estados Unidos a un nuevo atolladero: o bien Trump se empantana en un conflicto de destrucción sin fin, o bien retira a su ejército dejando tras de sí un caos inmenso. Sea como fuere, Estados Unidos no solo se ve humillado y más aislado que nunca, sino que también ha tenido que retirar sus fuerzas del Pacífico, lo que debilita su posición frente a China. Y todo ello con el único resultado de sembrar el caos entre el enemigo y sufrir un contraataque inmediato. Por su parte, Irán también ha entrado en una lógica pura de tierra quemada: si el régimen debe perecer (lo cual es cada vez menos probable a corto plazo), lo hará sembrando el caos y la barbarie.

Esta lógica de autodestrucción, de conflictos de alcance cada vez mayor en los que nadie gana, es la imagen misma del capitalismo. Este sistema se encuentra verdaderamente en agonía y, si no es derrocado, arrastrará a toda la humanidad al abismo con él. Por eso es tan importante que la clase obrera y sus minorías revolucionarias rechacen toda ilusión de que esta trayectoria mortal pueda revertirse cambiando de dirigentes políticos, revitalizando las instituciones mundiales o «democratizando» el Estado. Nuestro enemigo no es tal o cual político o partido político, tal o cual país, sino el propio modo de producción que se alimenta de la explotación y engendra la guerra, y al que solo la lucha revolucionaria de la clase explotada en todos los países puede poner fin.

Amos

(9)Informe de la Situación Internacional, Izquierda Comunista de Francia, julio de 1945. Extractos publicados en Hace 50 años: Las verdaderas causas de la Segunda Guerra Mundial – Revista Internacional n°59.

de todos los bandos», preferentemente cuando esa violencia sea obra de los explotados.

Además, las organizaciones comunistas que defiendan dentro de la clase obrera la perspectiva de la revolución mundial serán calificadas de «organizaciones violentas», o incluso «terroristas», para justificar la represión, el encarcelamiento y el asesinato de sus militantes. Desde hoy, la intransigencia de las posiciones de la Izquierda Comunista, el rechazo por parte de esta corriente —de la que forma parte la CCI— a cualquier compromiso con las formaciones burguesas o a un «apoyo crítico» a estas, son denunciadas como «prueba» de que las verdaderas organizaciones revolucionarias pertenecen a esa «ultraizquierda violenta» de la que forma parte, entre otros, la Jeune Garde. Los militantes comunistas no tienen nada que ver con los gritones adeptos a la «pelea» que reclutan los grupos «antifa».

Dicho esto, la amenaza probablemente más peligrosa para la clase obrera no proviene de esos discursos, sino del discurso opuesto: el discurso antifascista. La historia ha demostrado en numerosas ocasiones que el antifascismo es un veneno mortal para el proletariado. Es totalmente normal que los proletarios se defiendan contra las hordas fascistas, hordas que se basan en las ideologías y prácticas más repugnantes, xenófobas, racistas, supremacistas y llenas de odio hacia la clase obrera. Uno de los ejemplos de tal actitud es el de los proletarios de Italia, con el apoyo del Partido Comunista, a principios de la década de 1920⁽¹⁾. Pero esta defensa de los bastiones proletarios (en aquella época se trataba, en particular, de las bolsas de trabajo y los periódicos obreros) contra los ataques de las bandas de Mussolini se basaba fundamentalmente en la solidaridad y la movilización del proletariado para la defensa de sus intereses de clase, sin ningún tipo de

(1) Véase, por ejemplo, al respecto el estudio titulado «El Partido Comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921–1924)», publicado por la revista Programme Communiste (órgano de la corriente «bordiguista» de la Izquierda Comunista). Este documento cita, en particular, a un dirigente bordiguista para quien «el peor producto del fascismo fue el antifascismo».

Fascismo y antifascismo: dos enemigos de la clase obrera

compromiso con las fuerzas de la burguesía. De hecho, el Partido Comunista de Italia (dirigido en ese momento por la Izquierda de Bordiga) era muy consciente del peligro de que la lucha contra esa escoria de la sociedad que es el fascismo apelara a una alianza de todos los «antifascistas», de todos los sectores «democráticos», una alianza que conduce inevitablemente al proletariado a abandonar su terreno de clase para pasar al de la burguesía.

Los ejemplos de tal desastre para la clase obrera son numerosos, pero el período que precedió a la Segunda Guerra Mundial es, sin duda, el más significativo. La Guerra Civil Española de 1936 a 1939 vio cómo la organización más combativa del proletariado de ese país, la Confederación Nacional del Trabajo anarcosindicalista (CNT), se alió con las demás organizaciones antifascistas (socialistas, radicales, estalinistas, etc.), incluso participando en el Gobierno de la República burguesa, y ello en detrimento de los intereses de la clase obrera, que fue movilizadada como carne de cañón en defensa de esa República la cual, en mayo de 1937, bajo la dirección de los estalinistas, se entregó a la masacre de los obreros insurgentes de Barcelona a quienes los ministros anarquistas habían llamado a deponer las armas. Y eso no fue más que un primer paso hacia una tragedia mucho más considerable, la Segunda Guerra Mundial, en la que fueron reclutados por decenas de millones los explotados de los países «democráticos» en nombre del mismo antifascismo. Y lo peor de esta tragedia es que no pudo desembocar en una nueva ola revolucionaria como ocurrió durante la Primera Guerra Mundial, y esto, en gran parte, gracias a la ideología democrática antifascista, ya que la derrota del «bando fascista» se presentó como una «victoria» para los proletarios, con la contribución destacada de los partidos estalinistas en países como Francia e Italia.

Hoy en día, Mélenchon y La France Insoumise, que se arriesgan a perder votos en las próximas elecciones al seguir apoyando a la Jeune Garde antifascista, tienen como objetivo principal presentarse como los «antifascistas» más decididos y combativos frente al auge de la extrema derecha del Rassemblement National de Le Pen y Bardella. Y, en caso de que este

partido gane las próximas elecciones presidenciales, LFI pretende ocupar el lugar de principal partido de oposición. En cuanto a grupos como la Jeune Garde, que basan su ideología en el antifascismo, no pueden sino servir a los intereses de la burguesía, aunque sus miembros se imaginen a sí mismos como combatientes de la revolución. La polarización en torno al «peligro fascista», la voluntad de enfrentarse a los grupos de extrema derecha, el deseo de «aplastar a los fascistas» (que se hace eco del deseo de «aplastar a los izquierdistas» de los matones fascistoides) constituyen en realidad una desviación de la verdadera lucha del proletariado, de un proletariado que debe ser consciente de que sus enemigos principales no son los sectores de la derecha y la extrema derecha que muestran abiertamente su vocación antiobrera. El principal enemigo de la clase obrera son los sectores «democráticos», cuya misión es adormecer a los proletarios para que acepten los sacrificios exigidos por la burguesía, desarmarlos cuando emprenden la lucha contra los ataques capitalistas y, finalmente, entregarlos a la represión de las fuerzas armadas del Estado capitalista. Y en tal situación, no faltan ejemplos de una estrecha colaboración entre los partidos «democráticos», en particular los de «izquierda», y las bandas de matones de extrema derecha, como ocurrió durante la revolución en Alemania en 1919, donde el gobierno socialdemócrata recurrió a los «Cuerpos Francos», futuras tropas de choque del nazismo, para asesinar a los proletarios y a los militantes comunistas, en particular a esas dos figuras luminosas de la revolución que fueron Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

Hoy, la verdadera preparación del proletariado para los futuros enfrentamientos revolucionarios no pasa por la formación de grupos o partidos «antifascistas». Estos grupos, entre los que hay que incluir también a todos los de la corriente trotskista, no tienen otra utilidad que desviar las luchas del proletariado hacia callejones sin salida y, en última instancia, hacia la parálisis ante la represión. La única preparación real para las luchas revolucionarias no es de carácter militar, como imaginan muchos jóvenes seducidos por el radicalismo heroico de estos grupos, sino de carácter político. Es la prepa-

ración que la Izquierda Comunista ha promovido pacientemente: la denuncia de las trampas tendidas por todos los sectores políticos de la burguesía, la necesidad de que el proletariado de todos los países conserve en todas las circunstancias su independencia de clase, el desarrollo de su conciencia y de su solidaridad internacionalista.

FM

Para el recuerdo:

«... para los proletarios que se dejan entretenir por ridículas marchas callejeras, por plantaciones de árboles de la libertad, por frases grandilocuentes de abogados, habrá primero agua bendita, luego insultos, y finalmente metralla, y siempre miseria». (Auguste Blanqui, «El brindis de Londres», 25 de febrero de 1851)



¿Cómo cambiar el...?

los «belicistas», los «bárbaros». En resumen, había que dejarse reclutar a su vez para defender la «democracia», la «civilización» y la «paz».

Y luego está la democracia, otra baza de la burguesía, «una forma de capitalismo que traería felicidad, prosperidad y paz... pero que la dictadura querría destruir». ⁽¹⁾ En realidad, la democracia es igual de bárbara: las bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki, el napalm en Vietnam, la tortura con electricidad en Argelia... estos horrores son crímenes cometidos por las grandes democracias. De izquierda, de derecha, democráticos o autoritarios, todos los Estados capitalistas masacran, torturan, expulsan, encarcelan, matan de hambre...

Desde 1914, la guerra y su preparación ocupan el centro de la vida del capitalismo decadente. El sistema capitalista solo sobrevive a los estragos de la competencia mediante una mayor explotación de la clase obrera. No tiene otra opción que ofrecer al proletariado que la de una nación en guerra contra otra, que la de una potencia económica en competencia con las demás, que la de un lado de la frontera contra el otro. ¡El capitalismo es la guerra! ¡Y la explotación es muerte y miseria!

Un único camino: la lucha de clases

Para contrarrestar esta dinámica moribunda, debemos luchar y oponernos a todos los sacrificios que nos exige la burguesía. Es a través de nuestras luchas, como clase ex-

(1) «El pacifismo prepara la guerra», Revolución Internacional n.º 195 (1990). En francés

Julie, 13 de abril de 2026

El inexorable descenso hacia la crisis

no se vislumbra ninguna tendencia contraria seria y global en la política burguesa, y es probable que los estragos que vemos en los países en guerra nunca se reparen. Además, ¿quién los financiaría?

Luchar contra los ataques

La crisis histórica del sistema capitalista es la de un sistema económico basado en la explotación cada vez más feroz de los proletarios que aún tienen la suerte de tener un empleo y en el cínico abandono de los demás. La sobreproducción afecta a todas las mercancías, ¡y la de la mano de obra es la más trágica! Esta realidad bárbara, que los proletarios viven cada

vez con mayor crudeza, muestra la incapacidad de la burguesía para ofrecerles cualquier perspectiva que no sea la guerra, la explotación sin tregua y la miseria.

Ciertamente, el camino por recorrer es aún largo y difícil para que los trabajadores logren poner en primer plano la perspectiva revolucionaria. Pero al combatir contra los efectos de la crisis, nuestra clase se enfrenta al corazón del capitalismo: la explotación del hombre por el hombre, el asalariado y la propiedad privada. Al verse obligada a luchar por sobrevivir, vuelve a conectar con el único terreno en el que el proletariado puede desarrollar su fuerza: el de las

reivindicaciones económicas, el de la huelga, las asambleas para organizar la lucha y las manifestaciones callejeras. La lucha permite a los proletarios recuperar poco a poco aquello que constituye su fuerza: su unidad, su solidaridad, la necesidad de autoorganizarse y la reflexión sobre los objetivos que debe perseguir el movimiento.

La crisis que hoy despliega sus efectos destructivos muestra el verdadero futuro que les espera a los proletarios si no hacen nada para defenderse. A pesar de los enormes sufrimientos que el capitalismo inflige al proletariado, la crisis del capitalismo sigue siendo, no obstante, la aliada del proletariado.

HD, 9 de abril de 2026.

LLAMAMIENTO A NUESTROS LECTORES

Con muy pocas fuerzas nuestra corriente hace frente a tareas gigantescas. Llamamos a nuestros lectores a escribirnos con sus inquietudes, propuestas, contribuciones, críticas, información sobre la lucha de nuestra clase o sobre dónde sería posible distribuir nuestra prensa.

REUNIONES PÚBLICAS

La sección en España de la CCI organiza regularmente *reuniones públicas y permanencias* en diferentes ciudades, y por internet. Las concebimos como un lugar de debate abierto en el que confrontar puntos de vista, reflexionar sobre la grave situación histórica en la que nos encontramos, procurando situarnos en continuidad con la historia de nuestra clase, su perspectiva y lecciones. Para contribuir a esta lucha que es la única esperanza de futuro para la humanidad, invitamos enérgicamente a todos nuestros lectores a participar.

LA CCI EN INTERNET
<https://es.internationalism.org/>

Consultar en la Web fecha y lugar de las próximas reuniones.
En la web puedes buscar acerca de otras cuestiones sobre las que desees profundizar o discutir con nosotros.

DIRECCIONES PARA TODO CONTACTO

Escriba por e-mail en español a

una de las siguientes direcciones:

Acción Proletaria (España)

espana@internationalism.org

Revolución Mundial (México)

mexico@internationalism.org

Internacionalismo (Perú y Ecuador)

peru@internationalism.org

Para el **resto del mundo** escriba a la siguiente dirección:

international@internationalism.org

Para escribir por correo postal,

escriba a la siguiente dirección sin

mencionar el nombre:

BP30605

31006 Toulouse Cedex 6, FRANCIA

Proletarios de todos los países, ¡uníos!

ACCIÓN PROLETARIA

ÓRGANO DE LA CORRIENTE COMUNISTA INTERNACIONAL EN ESPAÑA

HACE 80 AÑOS, LA FUNDACIÓN DE LA IZQUIERDA COMUNISTA DE FRANCIA

Mantener viva la chispa de la organización de los revolucionarios (Parte 2)

Hace 80 años, la fundación de la Izquierda Comunista de Francia: Mantener viva la chispa de la organización de los revolucionarios (Parte 2)

En la primera parte de esta serie⁽¹⁾, demostramos que la Gauche Comuniste de France (GCF - Izquierda Comunista de Francia)) se formó en la continuidad de la Fracción de Izquierda del Partido Comunista Italiano y de la Izquierda Comunista Internacional. En plena contrarrevolución, siguió siendo la única organización capaz de defender los principios organizativos de la Izquierda Comunista de manera coherente e intransigente. Pero este grupo no era meramente una continuación de la Fracción Italiana; no se contentaba con preservar los logros y la contribución política de Bilan. Sin descuidar sus responsabilidades en cuanto a la intervención en las luchas inmediatas de la clase obrera, la GCF dedicó gran parte de su energía al trabajo de clarificación política y teórica. Sobre numerosas cuestiones planteadas por la experiencia de la derrota de la ola revolucionaria y la degeneración de la Internacional Comunista, esta organización fue capaz de dar respuestas más claras y profundas, enriqueciendo así el marco teórico y programático sobre el que se fundó la CCI y en el que aún se apoya hoy.

I Tras la guerra, comprender el curso histórico: la defensa del método marxista

El estallido de las luchas obreras contra la guerra en Italia en 1943, seguido un año más tarde por las huelgas en Alemania, planteó la siguiente pregunta a la vanguardia revolucionaria: ¿ofrecían las reacciones de los trabajadores en estos dos países la perspectiva de que surgiera un proceso revolucionario similar al que se había desarrollado a partir de 1917 en Rusia? Tal era, inicialmente, la hipótesis de los diversos grupos y organizaciones de la Izquierda Comunista. En agosto de 1943, en Marsella, la Fracción Italiana de la Izquierda Comunista celebró una conferencia, a la que asistió el Núcleo Francés de la Izquierda Comunista⁽²⁾,

(1)Hace 80 años, la fundación de la Izquierda Comunista de Francia: mantener viva la chispa de la organización de los revolucionarios, CCI Online y RM Nº 152 1º semestre 2026.

(2)Como explicamos en la primera parte de esta serie, este grupo adoptó el nombre *Gauche Communiste de France* desde 1944 en adelante

durante la cual se planteó el análisis de que los acontecimientos en Italia habían abierto una fase prerrevolucionaria. Sin embargo, los acontecimientos posteriores contradirían este enfoque. Las luchas de 1943 no habían obligado a la burguesía italiana a poner fin a la guerra, como había ocurrido en Rusia en 1917 o en Alemania en 1918. Tampoco constituían las primeras ondas que iban a provocar una nueva ola revolucionaria internacional. Las terribles masacres perpetradas en los distintos bastiones obreros tanto por los ejércitos aliados como por los nazis, así como la poderosa campaña antifascista y democrática que siguió a la «liberación» de Europa, demostraron la capacidad de la burguesía mundial para aprender las lecciones de la anterior ola revolucionaria, aplastando cualquier intento de extender la lucha y la solidaridad obrera más allá de las fronteras⁽³⁾. Apoyándose firmemente en los fundamentos del método marxista y en los logros políticos de la Internacional Comunista y de la Izquierda Comunista Internacional, la Fracción Francesa fue capaz de extraer las consecuencias de la situación en evolución. El informe sobre la situación internacional aprobado en la conferencia de julio de 1945 (apenas dos meses después del fin de la guerra en Europa y cuando el conflicto aún no había concluido a escala mundial) revisó la postura inicial de la organización al demostrar claramente que la relación de fuerzas tras la Segunda Guerra Mundial no era favorable al proletariado: «*A diferencia de la primera guerra imperialista, en la que el proletariado, una vez emprendido el camino hacia la revolución, conservó la iniciativa y obligó al capitalismo mundial a poner fin a la guerra, en esta guerra, desde el primer indicio de revolución en Italia en julio de 1943, fue el capitalismo el que tomó la iniciativa y llevó a cabo sin tregua una guerra civil contra el proletariado, impidiendo por la fuerza cualquier concentración de fuerzas proletarias y negándose a poner fin a la guerra, incluso tras el colapso y la desaparición del gobierno de Hitler y la insistente demanda de armisticio por parte de Alemania, con el fin de protegerse, mediante un monstruoso baño de sangre y una despiadada masacre preventiva, contra cualquier atisbo de amenaza revolucionaria por parte del*

(3)La lucha de clases contra la guerra imperialista - Las luchas obreras en Italia 1943 - Revista Internacional nº75

proletariado alemán». Al darse cuenta de que las reacciones de la clase obrera contra la guerra no habían puesto fin al período de contrarrevolución, la GCF llegó a la conclusión de que aún no había madurado en absoluto el momento para la formación de un partido. Esto contrastaba claramente con la posición defendida por la Izquierda Italiana, agrupada en el Partido Comunista Internacionalista (PCInt), que, incapaz de comprender la importancia de la situación y obsesionada con buscar influencia inmediata dentro de la clase, persistía en repetir el viejo esquema heredado del pasado para justificar mejor el camino totalmente erróneo de la formación de un partido⁽⁴⁾.

En la serie de artículos titulada «Problemas actuales del movimiento obrero», publicada en la revista *Internationalisme* a lo largo del año 1947, la GCF entabló una polémica fraternal pero intransigente para criticar el enfoque estéril y perjudicial en el que se había embarcado la Izquierda italiana: «*La ausencia de cualquier análisis serio de los acontecimientos de los últimos años y de las fuerzas que, por su presencia o su ausencia, han determinado la evolución de los acontecimientos en un sentido profundamente reaccionario, es actualmente el rasgo más llamativo de los militantes revolucionarios y de los grupos que se autodenominan de vanguardia. La costumbre adquirida de aplicar esquemas extraídos del pasado a las nuevas situaciones reales que se presentan ha liberado en cierto modo a los militantes de la preocupación por la necesidad de dedicarse a estudios que les parecen penosos y les cansan. ¿Para qué, se dicen, analizar y estudiar la situación actual, cuando, según su esquema, saben cómo debería ser? Solo les queda saber aplicar bien la táctica adecuada... y organizar bien la agitación*»⁽⁵⁾.

El esquematismo y la superficialidad del análisis del PCInt eran, en realidad, un reflejo de la pobreza de la vida política y de la ausencia de debates y discusiones en el seno mismo del «partido»: «*El PCI [de Italia] es actualmente la agrupación revolucionaria en donde la discusión teórica y política es menor, si es que existe. La guerra y la posguerra*

(4)Véase la primera parte de esta serie
(5)*La Gauche communiste et le processus d'élaboration du programme* (La Izquierda Comunista y el proceso de elaboración del programa) *Internationalisme* nº18 (1947)

han planteado cantidad de problemas nuevos. Ninguno de ellos ha sido abordado en las filas del partido italiano. Basta con leer los escritos y periódicos del partido para darse cuenta de su gran miseria teórica. Cuando se leen las actas de la Conferencia Constituyente del Partido, uno se pregunta si tuvo lugar en 1946 o en 1926»⁽⁶⁾.

Sin embargo, como afirmaba la GCF, «ningún período de la historia del movimiento obrero ha trastocado tanto lo establecido ni ha planteado tantos problemas nuevos como este período, relativamente breve, de veinte años, comprendido entre 1927 y 1947, ni siquiera el período, por muy agitado que fuera, de 1905 a 1925. La mayor parte de las tesis fundamentales que constituían la base de la Internacional Comunista han quedado obsoletas y han perdido vigencia»⁽⁷⁾.

En definitiva, el enfoque político del «Partito» daba abiertamente la espalda a las responsabilidades fundamentales que debe asumir la vanguardia revolucionaria, tal y como se definen en el Manifiesto del Partido Comunista de 1848:

«*En la práctica, los comunistas son, pues, la fracción más decidida de los partidos obreros de todos los países, la fracción que estimula a todas las demás; en teoría, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de una comprensión clara de las condiciones, el curso y los fines generales del movimiento proletario*».

Para la GCF, si bien las organizaciones revolucionarias debían defender los logros políticos aún válidos heredados de un siglo de experiencia del movimiento obrero, eso no significaba recitar de memoria lecciones aprendidas en los libros de historia, dando por sentado que esta se repite de forma inmutable. Al contrario, al hacer suyo el método de análisis crítico establecido por Marx y Engels ya a mediados del siglo XIX, la GCF tenía la firme intención de afrontar las nuevas cuestiones planteadas por la situación de la posguerra con el mismo espíritu que la Izquierda Comunista Internacional en los años treinta, «sin tabúes ni ostracismo»:

«*Contrariamente a la afirmación de*

(6)Problemas actuales del movimiento obrero: Contra el concepto de jefe genial—*Internationalisme* nº25 (1947, republicada y traducida en nuestra Revista Internacional nº33
(7)Idem

que los militantes solo pueden actuar desde la certeza, aunque esta se base en posiciones falsas, nosotros sostenemos que no existe la certeza, sino una superación continua de las verdades. Solo la acción basada en los datos más recientes, en continuo enriquecimiento, es revolucionaria. Por el contrario, la acción basada en una verdad de ayer, pero ya caduca hoy, es estéril, nociva y reaccionaria. Se quiere alimentar a los miembros con verdades buenas, ciertas y absolutas, cuando solo las verdades relativas que contienen en su antítesis la duda dan lugar a una síntesis revolucionaria. Si la duda y la controversia ideológica deben perturbar la acción de los militantes, no se ve por qué esto sería un fenómeno válido únicamente para hoy. En cada etapa de la lucha surge la necesidad de superar las posiciones anteriores. En cada momento, se pone en duda la verificación de las ideas adquiridas y de las posiciones adoptadas. Nos veremos, pues, en un círculo vicioso: o bien reflexionar, razonar y, en consecuencia, no poder actuar, o bien actuar sin saber si nuestra acción se basa en un razonamiento reflexivo»⁽⁸⁾.}

La contribución de la GCF a la comprensión de la decadencia del capitalismo

Muchos de las cuestiones fundamentales que plantearon la derrota de la ola revolucionaria y la experiencia de la Internacional Comunista solo habían sido esbozadas por la Fracción Italiana. Esta las había dejado más bien en forma de cuestiones abiertas, en lugar de conclusiones que pudieran integrarse sin ambigüedades en los logros programáticos de los comunistas. Al embarcarse en un verdadero trabajo colectivo, a través de debates en su seno (o con otros grupos) y de contribuciones muy profundas de sus militantes, la GCF logró avances importantes, especialmente en la profundización de la comprensión de la decadencia del capitalismo.

Partiendo del marco de análisis establecido por la Internacional Comunista ya en 1919 («la era de las guerras y las revoluciones»), la GCF fue capaz de prolongar y enriquecer la reflexión desarrollada por la Fracción Italiana a lo largo de la década de 1930. El informe sobre la situación internacional de 1945

(8)Idem

sigue en pág. 6

NUESTRAS POSICIONES

* Desde la primera guerra mundial, el capitalismo es un sistema social decadente. En dos ocasiones ha sumido a la humanidad en un ciclo de bárbaro de crisis, guerra mundial, reconstrucción, nueva crisis. En los años 80, el capitalismo ha entrado en la fase última de su decadencia, la de su descomposición. Sólo hay una alternativa a ese declive histórico irreversible: socialismo o barbarie, revolución comunista o destrucción de la humanidad.

* La Comuna de París de 1871 fue el primer intento del proletariado para llevar a cabo la revolución, en una época en la que las condiciones no estaban todavía dadas para ella. Con la entrada del capitalismo en su período de decadencia, la Revolución de octubre de 1917 en Rusia fue el primer paso de una auténtica revolución comunista mundial en una oleada internacional que puso fin a la guerra imperialista y se prolongó durante algunos años. El fracaso de aquella oleada revolucionaria, especialmente en Alemania en 1919-23, condenó la revolución rusa al aislamiento y a una rápida degeneración. El estalinismo no fue el producto de la revolución rusa. Fue su enterrador. * Los regímenes estatizados que, con el nombre de «socialistas» o «comunistas» surgieron en la URSS, en los países del Este de Europa, en China, en Cuba, etc., no han sido sino otras formas, particularmente brutales, de la tendencia universal al capitalismo de Estado propia del período de decadencia.

* Desde principios del siglo XX todas las guerras son guerras imperialistas en la lucha a muerte entre los Estados, pequeños o grandes, para conquistar un espacio en el ruedo internacional o mantenerse en el que ocupan. Sólo muerte y destrucción aportan esas guerras a la humanidad y ello a una escala cada vez mayor. Sólo mediante la solidaridad internacional y la lucha contra la burguesía

en todos los países podrá oponerse a ellas la clase obrera.

* Todas las ideologías nacionalistas de «*Independencia nacional*» de «*derecho de los pueblos a la autodeterminación*», sea cual fuere el pretexto, étnico, histórico, religioso, etc., son auténtico veneno para los obreros. Al intentar hacerles tomar partido por una u otra fracción de la burguesía, esas ideologías los arrastran a oponerse unos a otros y a lanzarse a mutuo degüello tras las ambiciones de sus explotadores. * En el capitalismo decadente, las elecciones son una mascarada. Todo llamamiento a participar en el circo parlamentario no hace sino reforzar la mentira de presentar las elecciones como si fueran, para los explotados, una verdadera posibilidad de escoger. La «democracia», forma particularmente hipócrita de la dominación de la burguesía, no se diferencia en el fondo de las demás formas de dictadura capitalista como el estalinismo o el fascismo.

* Todas las fracciones de la burguesía son igualmente reaccionarias. Todos los autodenominados partidos «obreros», «socialistas», «comunistas» (o «excomunistas», hoy), las organizaciones izquierdistas (trotskistas, maoístas y ex-maoístas, anarquistas oficiales) forman las izquierdas del aparato político del capital. Todas las tácticas de «frente popular», «frente antifascista» o «frente único», que pretenden mezclar los intereses del proletariado a los de una fracción de la burguesía sólo sirven para frenar y desviar la lucha del proletariado.

* Con la decadencia del capitalismo, los sindicatos se han transformado en todas partes en órganos del orden capitalista en el seno del proletariado. Las formas sindicales «oficiales» o de «base» sólo sirven para someter a la clase obrera y encuadrar sus luchas.

* Para su combate, la clase obrera debe unificar sus luchas, encargándose ella misma de su extensión y su organiza-

ción, mediante asambleas generales soberanas y comités de delegados elegidos y revocables en todo momento por esas asambleas.

* El terrorismo no tiene nada que ver con los medios de lucha de la clase obrera. Es una expresión de capas sociales sin porvenir histórico y de la descomposición de la pequeña burguesía, y eso cuando no son emanación directa de la pugna que mantienen permanentemente los Estados entre sí; por ello ha sido siempre un terreno privilegiado para las manipulaciones de la burguesía. El terrorismo predica la acción directa de las pequeñas minorías y por ello se sitúa en el extremo opuesto a la violencia de clase, la cual surge como acción de masas consciente y organizada del proletariado.

* La clase obrera es la única capaz de llevar a cabo la revolución comunista. La lucha revolucionaria lleva necesariamente a la clase obrera a un enfrentamiento con el Estado capitalista. Para destruir el capitalismo, la clase obrera deberá echar abajo todos los Estados y establecer la dictadura del proletariado a escala mundial, la cual es equivalente al poder internacional de los Consejos obreros, los cuales agruparán al conjunto del proletariado.

* Transformación comunista de la sociedad por los Consejos obreros no significa ni «autogestión», ni «nacionalización» de la economía. El comunismo exige la abolición consciente por la clase obrera de las relaciones sociales capitalistas, o sea, del trabajo asalariado, de la producción de mercancías, de las fronteras nacionales. Exige la creación de una comunidad mundial cuya actividad total esté orientada hacia la plena satisfacción de las necesidades humanas.

* La organización política revolucionaria es la vanguardia del proletariado, factor activo del proceso de generalización de la conciencia de clase en su seno. Su función no consiste ni en «organizar a la clase obrera», ni en «tomar el poder» en su nombre, sino en participar activamente en la unificación de las luchas, por el control de éstas por los obreros mismos,

y en exponer la orientación política revolucionaria del combate del proletariado.

NUESTRA ACTIVIDAD

- La clarificación teórica y política de los fines y los medios de la lucha del proletariado, de las condiciones históricas e inmediatas de esa lucha.
- La intervención organizada, unida y centralizada a nivel internacional, para contribuir en el proceso que lleva a la acción revolucionaria de la clase obrera.
- El agrupamiento de revolucionarios para la constitución de un auténtico partido comunista mundial, indispensable al proletariado para echar abajo la dominación capitalista y en su marcha hacia la sociedad comunista.

NUESTRA FILIACIÓN

Las posiciones de las organizaciones revolucionarias y su actividad son el fruto de las experiencias pasadas en la clase obrera y de las lecciones que dichas organizaciones han ido acumulando de esas experiencias a lo largo de la historia. La CCI se reivindica de los aportes sucesivos de la Liga de los Comunistas de Marx y Engels (1847-52), de las tres Internacionales (la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, 1864-72, la *Internacional Socialista*, 1884-1914, la *Internacional Comunista*, 1919-28), de las *Fracciones de Izquierda* que se fueron separando en los años 1920-30 de la Tercera Internacional (la Internacional Comunista) en su proceso de degeneración, y más particularmente de las *Izquierdas Alemana, Holandesa e Italiana*.